

¡HOLA, TIERRA!

CLARK CARRADOS

¡HOLA TIERRA!

Clark Carrados
Espacio el Mundo Futuro/335

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Mokabee contempló durante unos momentos la ficha resumen de los diferentes exámenes médicos que se le habían practicado, de un modo exhaustivo, al hombre que tenía frente a sí. Hizo que las puntas de sus dedos tamborileasen sobre la cartulina y luego levantó la vista.

—Es usted apto, señor Felsom —declaró.

Jack Felsom contuvo la sonrisa de satisfacción que estaba a punto de brotar de sus labios.

—Gracias, doctor —contestó.

—No me las dé a mí, sino a usted mismo y, más todavía, a sus excelentes antepasados, que le han conferido, por herencia, una salud de hierro: física y mental. Por tanto, está en condiciones de viajar en la «Estrella del Norte»... aunque me imagino que este caballero querrá formularle antes algunas advertencias. Señor Felsom —añadió el galeno—, me complazco en presentarle al señor Gaczy, del SIUE.

Jack Felsom se había percatado desde un principio de la presencia del sujeto llamado Gaczy en el despacho del doctor Mokabee. Discretamente, sin embargo, no había querido decir nada al respecto, comprendiendo que el individuo no estaba allí por simple curiosidad. Gaczy era un hombre alto y delgado, de expresión melancólica, cuyas ropas parecían haber pertenecido a un hombre mucho más grueso que él. Sus ojos, claros y perspicaces, desmentían en el acto cualquier falsa impresión de blandura o debilidad que pudiera ofrecer su desgarbada apariencia.

—¿Cómo está, señor Gaczy? —saludó. Se preguntó qué querría allí un hombre del Servicio de Investigaciones Ultraespaciales.

—Mucho gusto, señor Felsom —contestó el aludido—. Le felicito por su designación. Supongo que se sentirá muy contento.

—No me disgusta, en efecto —convino Felsom, sin saber adónde quería ir a parar aquel hombre.

—Me lo imaginaba —sonrió Gaczy—. Es usted un hombre joven y, por consiguiente, amante de la aventura y de lo incierto. No obstante, convendrá conmigo en que esta aventura que se dispone a emprender sobrepasa los límites de lo ordinario.

—Desde luego —admitió Felsom en tono cortés.

—Entonces, me permitirá que le haga una advertencia antes de darle el visto bueno para su incorporación como segundo a bordo de la «Estrella del Norte». Los exámenes psicotécnicos y médicos han dado unos resultados magníficos; no obstante, yo, como miembro del SIUE, soy el que debe decir la última palabra al respecto.

—Le escucho, señor Gaczy.

Hubo una leve pausa de silencio. Gaczy pareció meditar sus palabras.

—¿Se da cuenta de que ya no volveremos a vernos jamás, por muchos años que vivamos ambos?

—¿Tiene esto algo que ver con mi cargo en la «Estrella del Norte»? —preguntó el joven a su vez.

—En efecto —contestó Gaczy—. Usted ya sabe adónde se dirigen. Es un viaje muy largo el que esa astronave y su tripulación van a realizar. Es la primera vez que un ser humano sale de los límites del Sistema Solar para intentar llegar a otro sistema alejado del nuestro la friolera de cuatro años luz de distancia -algo más, por supuesto, pero me he permitido hablar en números redondos, para evitar pedantescas puntualizaciones —aclaró el hombre del SIUE.

—Así es —dijo Felsom—. Vamos a Próxima Centauri, la estrella más cercana a la Tierra, la cual se supone, con algún fundamento, es el centro de un sistema solar de análogas condiciones al nuestro. La distancia es de cuatro coma uno años luz.

—Volvamos a las cifras redondas. —Gaczy sonrió—. La astronave «Estrella del Norte» es la más rápida hasta el momento, la única que ha conseguido alcanzar la mitad de la velocidad de la luz. Por tanto, llegar a Próxima les costará algo más de ocho años de viaje. Si dejamos un mínimo de dos para exploraciones de los planetas de Próxima y contamos otros ocho años para el regreso, resultará que van a estar dieciocho años ausentes del planeta.

—En teoría, así es —afirmó Felsom.

—Pero no parece serlo en la práctica. Según la teoría de la relatividad, ustedes deben regresar dentro de cientos de años. El tiempo transcurrirá de un modo enteramente distinto para ustedes, dentro de la «Estrella del Norte», que para nosotros, aquí en la Tierra. Ustedes pasarán dieciséis años a bordo de la nave, pero en nuestro planeta transcurrirán algunos cientos. Por eso, cuando regresen, ya no encontrarán vivo a ninguno de nosotros.

—Con eso ya contaba cuando firmé mi solicitud para formar parte de la tripulación de la «Estrella del Norte» —declaró el joven.

—Me bastan sus palabras —dijo Gaczy. Sacó un papel que colocó sobre la mesa del galeno—. Tenga la bondad de firmar esta declaración, en la cual exime usted al SIUE de cualquier perjuicio, de toda índole, que pueda acarrearle este viaje.

Felsom firmó sonriendo.

—No comprendo —dijo—. Si hemos de volver dentro de trescientos años, ¿cómo podemos exigirles responsabilidades a ustedes, los del SIUE?

Gaczy se guardó el documento.

—El SIUE quiere cubrirse contra cualquier riesgo —contestó con toda tranquilidad.

Acto seguido, saludó y se marchó, sin añadir una sola palabra más.

Felsom miró al doctor.

—No entiendo —repitió—. Cualquiera diría que la expedición va a terminar en una catástrofe.

El médico se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—Van a realizar ustedes el viaje más peligroso de todos los tiempos, desde que el hombre dejó de andar a gatas y se puso en pie. Colón buscaba las Indias y se encontró con lo que después se llamó América. Ahora viajamos a todos los planetas del Sistema Solar y cuando se realizó el primer viaje a la Luna, sabíamos adónde íbamos.

—También ahora lo sabemos —declaró Felsom—. Vamos a Próxima, doctor.

—Es cierto, pero ¿en qué condiciones? Colón se movió siempre en un plano bidimensional, perfectamente definido en el espacio y en el tiempo. Los viajes por nuestro sistema planetario se realizan

dentro de unas condiciones espaciotemporales perfectamente estudiadas y definidas. ¿Cuáles serán las condiciones en que se desenvolverán ustedes, viajando a la mitad de la velocidad de la luz? ¿No acabarán transformándose todos, astronave y tripulantes, debido a la elevadísima velocidad, en energía pura?

Felsom calló un momento.

—Creo —contestó al cabo de un rato—, que todos estamos dispuestos a correr cualquier riesgo. No trato de dármelas de héroe, pero si nosotros fracasamos, otros emprenderán el viaje y, al fin, alguien triunfará sobre las distancias.

El doctor Mokabee movió la cabeza con gesto aprobatorio.

—Así lo espero —declaró con gran solemnidad.

* * *

El capitán Mokhandra, un hindú de tez oscura y ojos oscurísimos, era el comandante de la «Estrella del Norte». Como todos los demás tripulantes, había sido elegido tras una durísima serie de pruebas que muy pocos habían podido resistir y en su nombramiento, aparte de las cualidades de competencia, habían influido otras de orden político. Tanto era así que había dos segundos oficiales, Jack Felsom y Semion Yarine, ambos pertenecientes a las dos naciones que más habían contribuido, en todos los sentidos, a que la expedición a Próxima fuese un hecho. De este modo, no se herían susceptibilidades y se hacía posible el viaje.

La nave estaba a punto de zarpar. Cada uno de los tripulantes ocupaba ya su puesto en las literas antiaceleratorias. Beraza, un uruguayo, era el navegante y el que tenía que marcar el rumbo una vez salidos del campo gravitatorio terrestre. Su primera etapa era la llamada ECS 1 (Estación Complementaria de Suministros número 1).

La «Estrella del Norte» estaba diseñada sin, prácticamente, limitación alguna de espacio. Las literas antichoque habían sido montadas en un gran salón, pudiéndose esconder luego bajo el suelo. Iba a ser un viaje de ocho años y convenía que los tripulantes de la nave no careciesen en ningún momento de libertad de movimientos.

—Falta uno — observó el ingeniero Colter, neozelandés.

—Sí, el ecólogo Ruprecht —dijo el médico, Nekolov, de la

misma nacionalidad que Yarine—. ¿Dónde se ha metido ese hombre? ¿Es que no se da cuenta de que faltan ya escasos minutos para la partida?

—¡Eh! —exclamó de pronto el navegante—. Capitán, aquí hay una nota dirigida a usted.

Mokhandra tomó el sobre que le tendía Beraza y que había hallado sobre su cuadro de instrumentos. Después de abrirlo, sacó de su interior un papel, que desdobló en el acto.

> *«Estoy en mi cámara. Pueden zarpar cuando gusten.*
>
> *I. Ruprecht, ecólogo.»*

—¡Vaya! —resopló Manston, el geólogo—. A ver si nos han enviado a un tipo introvertido, de esos que bajan los ojos cuando hablan consigo mismos frente al espejo.

La voz del jefe de la torre de control del astropuerto irrumpió en la cámara a través del megáfono conectado con el exterior.

—Nos disponemos a iniciar la cuenta atrás de los últimos ciento veinte segundos. Comunique si hay alguna dificultad.

Mokhandra tomó el micrófono.

—Todo en orden —respondió.

—Muy bien —dijo el jefe de control—. Buen viaje y hasta nunca.

Un escalofrío colectivo recorrió las espaldas de todos los tripulantes. Aquellas palabras habían tenido todo el carácter de una despedida definitiva.

¡Hasta nunca!

Cuando regresaran a la Tierra habrían pasado ya centenares de años, tres o cuatro siglos. Todas aquellas personas que podían ver en el astropuerto a través de las pantallas conectadas con los objetivos externos, estarían ya convertidas en polvo. En cambio, ellos sólo tendrían unos dieciocho años más. Eran todos hombres bordeando la treintena; regresarían cincuentones...

«Horrible», pensó Jack Felsom.

¡Y lo era!

Pero ya no podían echarse atrás. Todos ellos habían elegido voluntariamente aquel riesgo.

El altavoz, con su voz metálica, continuaba desgranando la cuenta de los segundos que faltaban para el despegue...

69, 68... 67... 66... 65...

Un tanto nerviosos, los tripulantes hablaban a media voz, tendidos en sus literas antichoque.

—Te advierto que a mí, eso de volver y no verle la cara más al ingeniero de combustibles, es algo que me encanta muchísimo...

—No, yo no tengo novia. Ya encontraré alguna linda centaurina que...

55... 54... 53... 52... 50...

—A saber si será verdad eso de que el tiempo transcurre aquí dentro de diferente forma que en el planeta...

—Ahora, tendré que calcular una órbita muy ajustada para acercarnos a la ECS 1. Es de todo punto indispensable...

44... 43... 42... 41... 40...

—En cuanto a ese Ruprecht, el ecólogo, el tipo que tiene como misión estudiar las condiciones de vida de los planetas que nos encontremos al paso, podría estudiar un poco más las suyas propias...

—Tipo raro. Lo menos que podía haber hecho era saludar a sus compañeros...

—Seguro que tiene aspecto de caracol. En cuanto le roces con el dedo, se esconderá en su concha...

27... 26... 25... 24... 23..

«¿Será verdad que no vamos a volver hasta dentro de trescientos años?», se preguntó Felsom.

Un rugido atronador. Una intolerable y creciente presión. Un rapidísimo alejamiento del suelo.

6... 5... 4... 3... 2... 1... ¡Cero! ¡Fuera!

Antes de quedar en un estado lindante con el desvanecimiento, Felsom tuvo tiempo todavía de concebir una última frase mental:

«¡Adiós, Tierra!»

CAPÍTULO II

L

a sensación de ahogo y pesadez desapareció bastante pronto.

El capitán Mokhandra tomó el micrófono:

—El despegue parece bueno. Los segundos oficiales que hagan

las comprobaciones de rutina necesarias en todo despegue. Navegante Beraza, revise sus cálculos sobre la órbita que va a conducirnos a la ECS 1. Ingeniero Colter, ponga en funcionamiento la planta de gravedad artificial y sitúe el control en menos cero coma tres. Los demás, pueden realizar sus trabajos habituales.

Felsom se soltó las correas que aún le ligaban a la litera antichoque. Presionó un botón y la litera se replegó primero y desapareció después en el suelo. Flotó unos instantes en el aire de la vasta cabina pero casi en el acto, al ser conectada la gravedad artificial, a un tercio de la normal, descendió suavemente hasta tocar otra vez el paramento con los pies.

—Bueno —sonrió—, ya estamos en marcha hacia las estrellas. —Miró a su colega Yarine—. ¿Vamos? —le dijo.

—Desde luego —contestó el ruso.

Se enfrascaron en su labor, comprobando decenas y decenas de indicadores que señalaban el perfecto funcionamiento de los motores y todos los instrumentos de a bordo. Sentado frente a la calculadora, el navegante Beraza se esforzaba en revisar sus cálculos.

El encuentro con la Estación Complementaria de Suministros número 1 era importantísimo, tanto, que del éxito de esta operación dependía el del vuelo a Próxima. A fin de ahorrar peso en el despegue a la «Estrella del Norte», se había establecido dicha estación en el espacio, a unos cuarenta mil kilómetros de la Tierra.

En esencia, la estación se componía de cuatro gigantescos depósitos de combustible, de una longitud de cien metros cada uno por quince de diámetro. El contenido de dos de ellos serviría para las maniobras de aceleración hasta que alcanzasen los ciento cincuenta mil kilómetros por segundo requeridos. Los dos restantes estaban destinados al regreso; de este modo, la nave sólo usaría sus propios depósitos en los despegues y aterrizajes.

Los tripulantes se distribuyeron en sus cámaras o en sus lugares de trabajo respectivos. Todos ellos eran veteranos astronautas, pese a su juventud, por lo cual la visión del espacio a través de las claraboyas de cuarzo polarizado no era cosa que les importase demasiado, aunque siempre resultaba un espectáculo agradable de contemplar. Pero habiéndolo visto en anteriores ocasiones, su contemplación no resentía el trabajo a realizar.

Horas más tarde, alcanzaron la ECS 1, un formidable conglomerado de tanques de combustible, viguetas de unión, pequeños cohetes auxiliares para correcciones de rumbo -realizadas desde la cámara de la «Estrella del Norte» a través de las conexiones que se efectuarían por los medios adecuados y ya preparados- y cables de remolque que unirían a los dos conjuntos.

Un equipo formado por Felsom y el ingeniero Colter salió al exterior, enfundados en sus trajes de vacío, y realizaron las conexiones precisas, mientras abajo, a cuarenta mil kilómetros de distancia, la Tierra era una bola plateada que giraba con lentitud en la eterna noche del espacio. La labor fue larga y tediosa, debido, sobre todo, a las condiciones en que tenía que realizarse y al exquisito cuidado que debían poner en cada empalme para que la unión fuese perfecta.

El menor error podía significar no una catástrofe, pero sí el fracaso de la operación y, con ello, la pérdida de millones de horas de trabajo y estudio, sin contar con el valioso material que les había sido confiado. No obstante, Felsom y Colter eran dos sujetos hábiles y experimentados, por lo que, al cabo de cuatro horas de trabajo prácticamente ininterrumpido, pudieron regresar a la nave.

En su interior, Yarine había ido comprobando las conexiones. Todo había sido perfecto. Sólo faltaba dar la orden de acelerar.

—La aceleración será lenta, pero continua. Ahora vamos a once kilómetros por segundo —dijo el capitán Mokhandra, informando a todos a través del micrófono—. De momento, haré que el sistema acelerador funcione a razón de cien metros más por segundo durante las próximas veinticuatro horas. El doctor Nekolov estudiará las reacciones de los tripulantes a la aceleración durante ese espacio de tiempo. Eso es todo por ahora.

Mokhandra tocó algunos instrumentos del cuadro de mandos. La nave dio un pequeño tirón hacia delante.

Uno o dos vacilaron. Los demás rieron.

—Por ahora, no parece pasar nada —comentó alguien.

—Veremos dentro de veinticuatro horas —contestó otro.

Con aparente lentitud, la «Estrella del Norte» se hundió en las profundidades del espacio.

* * *

A los cinco días, la velocidad orbital era de cuarenta kilómetros

por segundo y el ritmo de aceleración de medio por segundo. Según los cálculos de Mokhandra, pasarían aún bastantes días antes de que pudiesen alcanzar la velocidad deseada.

—A la altura de Marte, más o menos —estimó.

Entonces explotó la bomba.

La vida a bordo se había hecho normal, rutinaria podía decirse. Salvo para las horas de las comidas, apenas si los tripulantes estaban juntos, excepto en esporádicas conversaciones por grupitos de dos o tres. Pero la mayor parte del tiempo la pasaban en sus trabajos o bien distrayéndose con los medios de diversión que, en gran número, habían sido acumulados a bordo para los largos años que debían permanecer encerrados en aquella cárcel de acero.

Previendo tal eventualidad, la nave había sido provista de unos lujos como jamás se habían visto a bordo de navíos semejantes. Cámaras espaciosas, con baño individual; una gigantesca biblioteca en microfilmes, con pantallas lectoras en numerosos lugares de la nave, además de en las cámaras individuales; una fabulosa provisión de películas, que se podían contemplar asimismo en todos los lugares; juegos de salón... sin contar con un pañol de víveres y una reserva de agua potable, capaces de abastecer a un batallón durante un par de años al menos.

—No —decía Felsom al historiador Hjalmar, noruego—, creo que por falta de distracciones, no será.

—Eso ya me lo dirá usted dentro de dos años, segundo —contestó el historiador—, cuando ya no sepa dónde meterse. Por cierto, hay una cosa que me intriga.

Felsom no se volvió.

—¿Sí? —contestó el joven medio distraído, pues estaba mirando la aguja del acelerómetro que en aquellos momentos marcaba la cifra 77.

—Me refiero a esa puerta sellada que hay al final del pasillo de las cámaras, a ambos lados de las dos puertas de la despensa. ¿Qué hay al otro lado?

—No lo sé —respondió Felsom—. Y, aunque le parezca raro, el capitán tampoco lo sabe. Sólo puedo decirle que tiene instrucciones de abrirla en determinado momento y...

El navegante Beraza estaba reclinado con gesto indolente en una litera que había hecho surgir en el suelo. Tenía un cigarrillo

encendido en los labios, apoyada sobre sus rodillas una libreta en la cual hacía cálculos continuamente.

Pasó una chica guapa por su lado y silbó de modo admirativo. Luego dijo:

—¡Olé, las mujeres bonit...!

No terminó la frase. El salto que pegó, le llevó casi a estrellarse contra el techo, debido al tercio de gravedad que reinaba a bordo de la nave.

Felsom y Hjalmar se volvieron en el acto, al oír la voz del navegante. Beraza descendía con gran lentitud en aquellos instantes, todavía a dos metros del suelo.

—¡Cielos! —exclamó el noruego.

—¡Rayos! —gruñó el joven—. ¿Un polizón?

Ella se volvió a mirarles. Era guapa y esbelta, de cintura delgada y flexible, cabellos castaños, muy cortos, peinados de una forma casi masculina y ojos claros y rasgados. Vestía el uniforme de una sola pieza, de tejido brillante, común a todos los tripulantes de una nave, y era preciso reconocer que el traje subrayaba sus curvas firmes y sólidas de una manera muy agradable de mirar.

—Un polizón, no —contestó ella, enseñando al sonreír unos dientes blanquísimos y parejos—. Inés Ruprecht, ecólogo.

Felsom se pegó una palmada en la frente.

—¡Dios mío, la que se va a armar! Beraza, urgente, llame al capitán.

Inés Ruprecht le miró con extrañeza, mientras el navegante se precipitaba hacia el teléfono interno.

—¿Por qué dice usted «la que se va a armar»? —preguntó, extrañada. Tenía un sobre en las manos, pero no había hecho ademán de entregárselo aún a ninguno de los presentes.

—Se... se lo explicaré más tarde —eludió el joven una respuesta concreta—. Yo... yo soy el segundo Felsom. Éste es el historiador Hjalmar —presentó—. Ahí tiene usted a Ramón Beraza, nuestro navegante.

Beraza se acercó al grupo. Todavía no había salido de su asombro.

—De modo que usted es I. Ruprecht —dijo.

—Justamente —respondió Inés, un tanto ofendida—. ¿Qué les pasa, es que una mujer no puede ser ecólogo?

—Ya lo creo —respondió el historiador—. Y muchas cosas más. Pero no a bordo de una nave, con diez hombres de tripulación, en un viaje que va a solamente de ida, nada menos que ocho años. ¿Es que no se da cuenta de que su presencia a bordo es pura dinamita?

—Todo depende de su actitud —contestó Inés en tono helado—. Y de la mía, por supuesto. Si todos nos comportamos como personas bien educadas, no pasará nada.

—En un año, la educación habrá dejado paso al salvajismo más desenfrenado… con usted a bordo —declaró Felsom con brutal crudeza.

Inés levantó la mano derecha y le abofeteó.

—Ésta es mi respuesta a su grosería, segundo Felsom —dijo en acento cortante.

El joven no se inmutó.

—Sus bofetadas no harán cambiar la situación —contestó—. Dígame, ¿cómo es que no se ha hecho visible en cinco días?

—Me sentía un poco indispuesta. Preferí permanecer en mi cámara —respondió ella.

—¿Y el problema de la alimentación? —quiso saber el historiador.

—Salía por las noches a tomar algo. Mejor dicho, sólo lo hice la primera. Tomé unas cuantas cajas de comprimidos alimenticios y…

El capitán Mokhandra entró en aquel instante. Vio a Inés y se puso a jurar por Buda, Shiva y los cuatrocientos mil dioses de la India milenaria.

CAPÍTULO III

L

a retahíla de maldiciones del capitán Mokhandra, quien, por otra parte, desmintió en el acto la proverbial cortesía de los hindúes, duró largo rato, pese a que no mencionó a todos los cuatrocientos mil dioses de su país natal. Poseía buenos pulmones, sin embargo, y por ello la rociada de palabrotas se prolongó bastante.

Hasta que se quedó sin respiración. Entonces, Inés, fríamente,

preguntó:

—¿Ha terminado usted, capitán?

—No, no he terminado todavía —respondió Mokhandra—. Ahora mismo usted va a volver a su camarote, y permanecerá allí encerrada hasta que...

—¿Hasta que lleguemos a Próxima? —le interrumpió Inés con sarcasmo—. ¿Cuál es la autoridad legal que le permite a usted sentenciarme a ocho años de encierro en una celda, capitán?

Mokhandra se quedó cortado. Felsom se tapó la boca para evitar que se le viese una sonrisa que no había podido contener.

Las voces del capitán habían atraído a algunos de los tripulantes. La presencia de la joven a bordo causó una sensación explosiva.

—¡Esto se convertirá en un infierno! —pronosticó con voz sombría el biólogo D'Arly.

Inés le arrojó una mirada indignada, aunque no comentó las palabras del sujeto. En lugar de ello, entregó su sobre, que era de gran tamaño, al capitán.

—El director del SIUE me dijo que se lo diese apenas tuviera ocasión para ello —manifestó.

Mokhandra rasgó el sobre con ademanes violentos. En su interior había un papel doblado en dos, con todo el aspecto de un documento oficial, y otro sobre de tamaño apenas inferior.

Desplegó el documento. Era una orden.

> *El comandante de la «Estrella del Norte» se abstendrá de adoptar cualquier medida contra la ecólogo Inés Ruprecht. Estas medidas han sido ya tomadas y están contenidas en el sobre que se acompaña, que será abierto a ochenta U.A. de la Tierra. Firmado...*

Mokhandra miró a la joven.

—Lea usted eso —dijo, conteniendo su rabia a duras penas.

Inés obedeció. Atosigado por la curiosidad, Felsom alargó el cuello y leyó el contenido del mensaje.

—¿Por qué a ochenta U.A.[1] de la Tierra? —preguntó.

Mokhandra miró a su segundo.

—No tengo la menor idea. ¿Se le ocurre a usted algo, Jack?

—En absoluto, señor —confesó el joven.

—¿Yarine?

El otro segundo denegó también.

—Lo siento, capitán —contestó.

Mokhandra estrujó la orden.

—Esto me desarma —manifestó, dirigiendo a Inés una mirada oblicua.

—Capitán, por mí no tema —declaró ella en tono sarcástico—. No soy de las mujeres que acostumbran a apostarse por las noches en una esquina, debajo de un farol.

—Lo malo es que alguno se lo crea —rezongó Mokhandra.

Estalló la segunda bofetada de la jornada.

—Seguí un curso de defensa personal antes de embarcar en la «Estrella del Norte» —informó Inés con toda cortesía, mientras Mokhandra se frotaba la mejilla, duramente castigada.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Felsom de repente.

—Veintisiete —respondió ella.

—¡Hum!

—¿Qué es lo que quiere usted decir con ese «¡Hum!»? —indagó la joven, cada vez más sulfurada.

—Pues, que cuando regresemos a la Tierra tendrá cuarenta y tres años.

—¿Importará eso mucho a alguien que no sea yo misma?

—Lo que importa es lo que pueda suceder en la nave, con usted a bordo —terció el capitán—. Por muy buenas intenciones que tengamos todos…

—Debieran haber enviado nueve ecólogos más como ella —rió Beraza.

—¡Cállese! —rugió Mokhandra.

—Sí, señor.

—Señorita Ruprecht…

—Profesora, si no le importa, capitán —corrigió ella.

—Profesora, ¡cuernos! —barbotó el hindú. Haciendo un esfuerzo, consiguió dominarse—. ¿Tiene usted la bondad de retirarse por unos momentos a su cámara?

—Desde luego —accedió Inés. Con deliciosa sonrisa, añadió—: Pero cierren bien los micrófonos; a veces, se oye cada palabrota…

Caminando con porte lleno de gracia, se alejó, contemplada por diez fascinados pares de ojos.

—¡Ay, mi madre! —suspiró el navegante.

Mokhandra le lanzó una furibunda mirada. Luego se dirigió al resto.

—Caballeros, ya conocen las nuevas circunstancias. —Su voz era cortante, rechinaba—. El SIUE me impide adoptar medida alguna contra la profesora Ruprecht. Mi intención hubiera sido mantenerla en su cámara hasta nuestra llegada a Próxima...

—Lo cual no hubiera dejado de ser una barbaridad —dijo el geólogo Manston con toda desenvoltura.

—Y no hubiera evitado, sino antes exacerbado, los problemas que su presencia plantea —añadió D'Arly, el biólogo.

—Suplico a los presentes se abstengan de comentarios —dijo Mokhandra en tono imperativo.

—Eso dígaselo usted a los miembros directamente bajo su mando —respondió el historiador Hjalmar con desparpajo—. Nosotros obedeceremos sus órdenes en lo concerniente a lo que diríamos marcha general de la expedición, e incluso, hasta cierto punto, en la disciplina interna; pero no hasta el punto de que pretenda anular nuestra personalidad con órdenes draconianas, como las que un militarote dirigiría al último soldado de su batallón.

El cetrino rostro de Mokhandra enrojeció al máximo.

—Sólo trato de establecer las bases bajo las cuales nos hemos de conducir a partir de ahora, dada la nueva situación que ha creado la intempestiva presencia de la profesora Ruprecht —manifestó.

Manston puso las manos en sus costados.

—Hay una cosa que me extraña mucho, capitán.

—Hable usted —dijo Mokhandra.

—Usted, como comandante de la nave, debía haber conocido de antemano a toda la tripulación, personal e individualmente.

—Me bastó con estudiar a fondo sus expedientes personales —declaró el hindú—. Dicen bastante acerca de cada uno de ustedes.

—No lo suficiente, capitán —le contradijo el biólogo D'Arly—. De lo contrario, usted se habría enterado con tiempo de que la I inicial del nombre del ecólogo de la expedición quería decir Inés. Una mujer, por tanto, con lo que este problema que ahora trata de resolver se hubiese evitado desde un principio.

Mokhandra soltó un bufido.

—Cualquiera diría que están planeando un motín contra mi

autoridad de comandante de la nave —masculló.

—¿Decir la verdad... es motín? —estalló Hjalmar con furia—. Capitán, ¿por qué especie de imbéciles nos ha tomado usted?

Felsom se creyó en el deber de intervenir, a fin de dulcificar la acritud de una discusión que amenazaba con empeorar.

—Por favor, señores —dijo—. Sería mejor que depusieran un tanto sus actitudes divergentes. En efecto, la presencia de la profesora Ruprecht ha creado un serio problema, pero no es peleándonos como el perro y el gato como hallaremos pronto una soluc...

—¡Usted, cállese! —bramó Mokhandra—. Nadie le dado vela en este entierro.

Beraza se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Ay, mamaíta, qué capitán nos ha tocado en suerte!

—Estoy viendo que el ser hindú no constituye una garantía contra la inestabilidad emocional —masculló Yarine, descontento.

—¡Y yo estoy viendo que todos se ponen contra mí! —rugió Mokhandra—. ¡Si esto sigue así, daré orden de retroceder...!

Felsom apretó los puños.

—Ni con cien mujeres a bordo obedeceríamos una orden semejante —exclamó, sumamente enojado—. La expedición ha costado demasiado tiempo y dinero sólo en su estudio y planeamiento. Es imposible retroceder; significaría, sencillamente, echar por la borda años enteros de estudios y miles de millones invertidos en la construcción de la nave que nos transporta.

Mokhandra le lanzó una mirada atravesada.

—¿Se negaría usted a obedecer? —preguntó con voz helada.

Nekolov, el médico, intervino, con voz persuasiva:

—Vamos, vamos, déjense de discusiones vanas y estériles. Usted, capitán, no dará la orden de retroceder; resultaría absurdo. Y en cuanto a nosotros, haga el favor de considerarnos como personas serias y ponderadas. A fin de cuentas —añadió, sonriente—, la presencia de la profesora Ruprecht a bordo no puede sino añadir un delicioso toque de feminidad a la expedición y aliviar la monotonía de ocho largos años de encierro con su encantadora presencia.

—Acabará poniendo visillos en los tragaluces —refunfuñó Mokhandra, un tanto más calmado. Blandió el sobre que aún tenía en las manos—. De todas formas —añadió—, antes de tomar una

decisión esperaré a que llegue el momento de abrir este sobre. Entonces diré mi última palabra.

—La escucharemos con toda atención, se lo aseguro —afirmó el historiador gravemente.

La reunión se disolvió casi en el acto. Felsom quedó frente al mirador de proa, contemplando las estrellas con gesto preocupado, que formaba una profunda arruga en su frente.

—Estás pensando en la situación que nos plantea la presencia de Inés Ruprecht a bordo —dijo Yarine, acercándosele.

—Sería inútil negarlo —contestó el joven—. Son ocho años de encierro, Semion.

Yarine frunció el ceño.

—Eso es cierto —dijo—. Pero, ¿por qué no supo prever el capitán una cosa semejante? Nos guste o no reconocerlo, seamos o no personas moderadas, lo cierto es que la presencia de la ecólogo en la nave es como una cerilla encendida en un polvorín.

—Tengo entendido que Nekolov dispone en su botiquín de unas grageas que aumentan las inhibiciones, no sé si me entiendes lo que quiero decirte.

—Ni con grageas ni sin grageas... —dijo el ruso con voz melancólica—. Demasiado tiempo con una sola mujer a bordo. Ésa es la verdad, cruda y descarnada.

Felsom movió la cabeza en gesto afirmativo. De pronto, exclamó:

—Lo que no acabo de comprender es por qué el sobre no puede ser abierto hasta que nos encontremos a ochenta U.A. de la Tierra.

—En cifras redondas, son once mil quinientos millones de kilómetros —declaró el otro segundo—. Sí, es algo muy extraño.

—Y nos vamos a morir de curiosidad hasta que hayamos conocido su contenido.

En aquel momento entró Inés en la cabina.

—¿Está el capitán? —preguntó.

—No. Se retiró a su cámara, suponemos —declaró Felsom.

La chica se mordió los labios. Luego sonrió.

—Bien, no me corre ninguna prisa —manifestó—. Supongo que no habrán acordado lanzarme por la escotilla de emergencia al espacio.

—Desde luego que no —respondió Yarine—. Hemos convencido

al capitán para que se la nombre comandante honorario de la nave.

Inés se echó a reír. Su risa sonó clara y cristalina.

—Acepto el nombramiento —dijo. Tendió su mano sucesivamente a los dos hombres—. Por favor, considérenme su amiga. Me gustaría serlo de todos los que viajan en la «Estrella del Norte».

—Haremos propaganda de sus deseos, profesora —exclamó Felsom de buen humor.

• * *

Un mes después, se hallaban a casi once mil millones de kilómetros de distancia de la Tierra. El aparato había alcanzado ya la velocidad de crucero establecida para el viaje: ciento cincuenta mil kilómetros por segundo.

Las estrellas ya no se veían tan claramente definidas como al despegar. A veces, parecían moverse en el espacio, con titilaciones semejantes a las que se advertían a través de la atmósfera. Otras, se divisaban con contornos un tanto borrosos y, en ocasiones, aparecían y desaparecían sin motivo fundado. Los tripulantes de la «Estrella del Norte» empezaron a sentir cierta preocupación hasta que alguien dio con la explicación: se debía, simplemente, a que la enorme velocidad distorsionaba el efecto de los rayos lumínicos.

El ambiente se relajó un poco. Sin embargo, pocos días después, al alcanzar el límite de los once mil millones de kilómetros, volvió a ensombrecerse.

El indicador gráfico de órbitas marcó de repente una línea ligeramente desviada.

CAPÍTULO IV

L

a parte visible del aparato estaba formada por una pequeña pantalla a través de la cual se divisaba una gráfica, marcada por un punzón que dejaba una línea negra en el papel enrollado, marcado con cuadrículas, como los sismógrafos. Hasta entonces, la línea

había sido siempre recta, pero, de repente, se torció un poco hacia la izquierda, lo que demostraba que se desviaban.

Felsom fue el primero en observarlo. Como todos los días, tenía por costumbre examinar los instrumentos de control. Era una inspección rutinaria que se practicaba dos veces por jornada, mañana y tarde. Lo hacían por turno él y Yarine, relevándose en el cometido. No pudo contener un respingo cuando vio que la línea recta se había convertido en una curva de gran radio, pero fácil de notar, sin embargo.

El hecho le preocupó tanto, que decidió avisar enseguida al comandante de la nave.

—Capitán, al puente —llamó a través del amplificador.

Mokhandra llegó un minuto después, terminando de vestirse. Inés apareció acto seguido y luego llegaron Yarine y algún tripulante más.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán.

—Nos estamos desviando de nuestro rumbo primitivo, señor —informó el joven—. Vea al indicador de órbitas.

Mokhandra torció el gesto.

—Ese navegante —refunfuñó.

—Estoy aquí, señor —manifestó Beraza—. Dígame a mí lo que tenga que decirme y no lo exprese en comentarios a mis espaldas.

Mokhandra se volvió encolerizado.

—Bien, puesto que así lo quiere —respondió, con los ojos enllamarados—. Ahí lo tiene usted, señor Beraza. Usted estudió el rumbo y conectó el piloto automático de acuerdo con sus cálculos. Dígame a qué se debe esta desviación que, al parecer, no tiene objeto ni motivo alguno para que se produzca.

—No es cosa mía —respondió el uruguayo—. El piloto automático continúa conectado.

—Estará averiado. Compruébelo.

—Resultaría un trabajo estúpido —declaró Beraza—. Hay otro piloto automático en reserva.

Movió unos cuantos controles. Una lámpara verde se encendió en un sitio distinto.

—Está conectado el piloto automático de reserva — informó.

Pasaron algunos minutos.

—La desviación continúa —dijo Mokhandra-

—Los dos pilotos no pueden estar averiados a un tiempo —contestó Beraza, sintiendo en torno a él un aumento de la tensión anímica—. Aquí ocurre algo extraño.

Felsom consultó el indicador de distancias. Señalaba la cifra 77'2 en U-A.

—Acaso —dijo despacio—, se trate de la atracción de un cuerpo extraño que influye sobre la órbita de la nave.

Se produjo una consternada pausa de silencio. De pronto, el capitán Mokhandra se precipitó sobre el cuadro de mandos y lanzó un chillido, al mismo tiempo que pulsaba el interruptor que ponía en funcionamiento el radar de larga distancia.

—¿Por qué no han hecho esto desde un principio? —rugió.

Una pantalla osciló levemente. Sin perder la serenidad, Yarine dijo:

—Tenemos en funcionamiento el radar antimeteorítico, capitán.

—¡Es el de larga distancia el que debía estar funcionando, imbécil! —barbotó Mokhandra.

Yarine apretó los puños. Felsom le cogió por un brazo, como recomendándole moderación.

—Hombre —declaró el uruguayo—. Siempre pensé que los hindúes eran gentes ponderadas, pacíficas, enemigos de toda clase de violencias, tanto físicas como verbales... ¿Es éste el capitán que nos eligieron como único idóneo entre todos los aspirantes al cargo?

Mokhandra le dirigió una mirada incendiaria. De pronto, una figura extraña apareció en la pantalla.

Era un simple círculo, de color algo más claro que el fondo del vidrio deslustrado. Tenía un diámetro de unos diez centímetros, pero en pocos segundos aumentó un par de centímetros más, de forma claramente visible para todos.

—¡Es un planeta desconocido! —chilló Hjalmar—. ¡Nos vamos a estrellar contra su superficie!

—El telescopio, pronto —ordenó el comandante Mokhandra.

Felsom puso en funcionamiento la pantalla conectada con el telescopio cuyo objetivo se hallaba al exterior. Un secundo más tarde se divisaba en la misma una esfera negra, enorme, que flotaba en la oscuridad del espacio.

—Cambio de rumbo a dos tres cero —dijo Mokhandra—. Velocidad del viraje, una centésima de grado por segundo.

La imagen del extraño planeta aumentaba sin cesar.

—¿Estará habitado? —preguntó Inés.

Los chorros direccionales rugieron a ciento cincuenta metros de distancia. La nave trepidó de modo imperceptible.

—Agárrense bien —ordenó Felsom.

La fuerza centrífuga les empujaba en sentido contrario al viraje. De haberlo hecho más cerrado, habrían muerto aplastados instantáneamente.

A pesar de todo, parecía que se iba a estrellar contra el planeta, que continuaba en el mismo sitio, oscuro e inmóvil en apariencia.

—Estamos a un millón de kilómetros —informó Yarine.

¡Faltaban menos de siete segundos para que se produjese la colisión!

Felsom los contó en silencio. La imagen del extraño mundo se agrandó con vertiginosa rapidez.

Todos callaban, mientras alargaban los cuellos ávidamente hacia las pantallas. De pronto, la imagen del planeta se deslizó a un lado y desapareció con rapidez.

—¡Uf! —resopló el uruguayo—. Nos salvamos por un pelo.

—Hemos pasado a menos de veinte mil kilómetros de su superficie —dijo Yarine.

—Sí, pero, ¿qué planeta es ése? —preguntó Nekolov—. Después de Plutón, no hay ningún otro, que se sepa.

—Se equivoca usted, doctor —contestó el joven—. Ahora ya sabemos con certeza de la existencia del décimo planeta.

—¡El décimo planeta! —exclamó Inés, bastante sorprendida; y no era la única en sentir extrañeza.

—Sí —dijo Felsom—. Hace ya muchos años que se hablaba del planeta transplutoniano, basándose en las perturbaciones que sufre Plutón en su órbita alrededor del Sol. Pero nadie había podido comprobar dicha teoría, hasta que se ha podido salir de los límites del sistema solar.

—Y ha sido la que nos ha desviado del rumbo primitivo —sugirió Yarine.

—Exacto. —Felsom miró al capitán—. Por lo tanto, no se trata de un error de navegación ni de una avería en los pilotos automáticos, sino de algo que humanamente no podíamos prever.

Mokhandra farfulló algo entre dientes que, desde luego, no era

una excusa. Después de algunos comentarios sobre el peligro que habían corrido, la reunión se disolvió.

Beraza se aplicó a hallar de nuevo el rumbo y a fijarlo en los instrumentos de navegación. Mientras, Inés, que se había quedado unos momentos en la cabina, dijo:

—Me hubiera gustado volar más despacio por encima de ese planeta. Debe ser fascinante conocer un mundo nuevo, ¿no cree?

Felsom asintió con la cabeza.

—Dentro de ocho años tendremos ocasión de saberlo. —Suspiró largamente—. El viaje es largo, de todas formas.

—Hay muchas distracciones a bordo —apuntó ella.

—En ocho años, uno se aburre de todo.

—Ahora que hemos dejado ya atrás el sistema solar por completo, ¿no le parece que sería muy útil organizar la vida a bordo de la nave, de modo que podamos combatir el que va a ser nuestro principal enemigo, el tedio? —sugirió Inés.

—Sí. Tendremos que celebrar una reunión, a fin de discutir los puntos más importantes —convino él—. Hablaré más tarde con el capitán, a ver cómo piensa al respecto.

—Trátelo con mucha diplomacia —apuntó Inés—. Parece sumamente irritable, lo cual no deja de constituir una seria desventaja en las condiciones en que nos hallamos. ¿Cómo es —preguntó— que los «tests» psicológicos no supieron encontrar su facilidad para la inestabilidad emocional? Esto es algo que puede conducirnos a una catástrofe gravísima, Jack.

El joven abrió las manos, enseñando las palmas.

—No es cosa mía, sino de los psicólogos y psiquiatras del SIUE. Todos estamos expuestos a cometer un error… pero en casos como el presente, hay que afinar al máximo, con objeto de eliminar toda posibilidad de equivocarse.

Los ojos de la joven se velaron de pronto.

—Quizá fue mi presencia la que le ha hecho cambiar —opinó.

—Es posible. Pero ya demostró sus posibles defectos, estudiando poco a fondo los expedientes personales de cada tripulante, en lugar de conocernos uno por uno antes del embarque. Esto no es un navío corriente; el capitán debería haber tomado, antes de la partida, todas las precauciones posibles a fin de eliminar el máximo de errores posible.

—¿Me hubiera eliminado usted como tripulante, caso de haber sido el capitán? —preguntó ella.

Felsom la miró con fijeza.

—¿Qué respuesta quiere que le dé, profesora?

—En primer lugar, llámeme Inés y, en segundo, quiero su respuesta franca. La que hubiese dado un capitán antes de zarpar —pidió ella.

—Pues bien —contestó el joven—. Yo...

El megáfono de a bordo le interrumpió antes de que hubiese podido concluir su frese.

—Habla el capitán —sonó la voz de Mokhandra—. Ruego a todos los tripulantes se reúnan en el acto en mi cámara. Repito, en el acto. Corto.

Los dos jóvenes se miraron por un momento.

—¿Qué será? —preguntó ella en voz baja.

Beraza levantó los ojos de su calculadora.

—¿De qué querrá hablarnos ese buitre del Ganges? —mascculló.

Felsom tomó el brazo de la joven y la empujó hacia la puerta.

—Lo sabremos ahora mismo —contestó.

CAPÍTULO V

E

l cuarto del capitán era grande y en él cabían todos los tripulantes, aunque, naturalmente, la mayoría hubo de permanecer en pie. Una vez se hallaron todos en torno al capitán, éste se levantó, con unos cuantos papeles en las manos, y les contempló en silencio durante algunos segundos.

Felsom se dio cuenta de que la expresión del rostro de Mokhandra era inusitadamente grave. Su expectación, como la de todos sus compañeros, creció de punto.

Mokhandra se decidió a hablar por fin.

—Caballeros —dijo, ignorando a propósito a Inés Ruprecht—, tengo órdenes contenidas en el sobre que se me ordenó abrir a ochenta U.A. de la Tierra, las cuales modifican por completo el estado actual de nuestra situación.

—¿Regresamos, capitán? —preguntó alguien.

—No —contestó Mokhandra—. No regresamos. Seguimos adelante.

—¿Entonces...?

Mokhandra hizo una nueva pausa. Luego exclamó:

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar de la fórmula Deyck-Ribera?

El silencio volvió de nuevo, espeso, casi tangible. De pronto, el médico Nekolov explotó:

—¿Eso es lo que pretenden hacer con nosotros? —Su voz era casi un rugido.

—¿Para qué sirve esa fórmula, «doc»? —preguntó Felsom.

—Hibernación —se anticipó Inés en la respuesta.

Sonaron varias exclamaciones de distinto calibre.

—Caballeros, moderen su lenguaje —recomendó Hjalmar—. Parece que han olvidado que hay una dama delante.

—Así que vamos a estar durmiendo ocho años —dijo Beraza, el navegante.

—Hombre —se burló Yarine—. Resultará interesante llevar a bordo a la Bella Durmiente del Espacio.

—Y un príncipe, con escafandra de oro, perlas y piedras preciosas vendrá pilotando su cohete de estrellas para despertarla con su beso de amor —replicó D'Arly de buen humor.

Inés enrojeció vivamente. El tono sombrío de la epidermis del rostro de Mokhandra pareció acentuarse.

—Dejen de bromear —exigió—. Es preciso actuar cuanto antes; así lo disponen las órdenes.

—Pero —objetó uno— esa fórmula, ¿es segura? ¿No fallará? Lo mismo que puede tenernos durmiendo cien años, puede ocurrir que nos despertemos al mes.

Nekolov intervino y levantó la mano. Era médico y estaba al corriente.

—La fórmula fue elaborada por primera vez hace cincuenta y dos años por los médicos Deyck y Ribera, que trabajaban en colaboración, en el Instituto de Investigaciones Médicas de las Naciones Unidas. Ha sido comprobada hasta la saciedad en diferentes circunstancias y bajo diversos periodos de tiempo de hibernación, que duran desde una semana a treinta años.

Condenados en los distintos presidios del mundo se ofrecieron voluntarios para que la fórmula se ensayara en ellos y han sido realizados miles de experimentos, todos ellos con franco éxito y en las condiciones deseadas. Por tanto, no tenemos nada que temer y podemos aplicarnos la fórmula sin el menor inconveniente.

—Usted será el encargado de aplicarla, ¿no es cierto, doc? —preguntó Felsom.

—Eso supongo yo —contestó el interesado—, aunque, por el momento, no tengo la menor idea de dónde pueden hallarse los elementos necesarios.

—Capitán —preguntó Manston—, ¿dónde hemos de dormir durante estos ocho años?

—Todo está resuelto —respondió Mokhandra, enseñando una llavecita larga y delgada, casi como una aguja plana de unos ocho centímetros de longitud, por medio de ancho hacia el final—. Recordarán que al final de la zona habitable de la nave hay un cuarto sellado.

—¡El cuarto de Barba Azul! —dijo alguien, expresando en voz alta el nombre que habían aplicado a aquella cámara que había permanecido cerrada desde al momento de la partida.

—Exactamente.

Los tripulantes se miraron unos a otros, algunos con gesto aprensivo.

—Esto de dormir ocho años seguidos será muy descansado, pero no me hace demasiada gracia —refunfuñó Colter.

—Dentro de seis meses, el encierro empezaría a afectar sus facultades mentales —declaró el médico—. Créame, Colter; es la mejor solución que el SIUE ha podido encontrar para este problema.

—Pero, entonces, ¿para qué demonios almacenaron tantos víveres? —rezongó D'Arly.

—¿Cree usted que el contenido de la despensa hubiera bastado para alimentarnos durante dieciocho años? —replicó Mokhandra.

—Los víveres están calculados para un máximo de cuatro años en el espacio —apuntó Yarine, sumamente pensativo—. Me imaginé que el SIUE haría algo por el estilo y, la verdad, creo que es lo mejor.

Mokhandra miró al médico.

—Doctor, ¿cuándo empezamos la aplicación de la fórmula?

—Es usted quien tiene la palabra, capitán —respondió Nekolov.

—Entonces, no perdamos tiempo. Síganme todos, por favor.

Salieron de la cabina y, caminando a lo largo del corredor, se dirigieron a la puerta sellada.

—Levante los sellos, señor Felsom —ordenó el capitán.

—Sí, señor.

Felsom arrancó los precintos. Entonces, Mokhandra insertó la llave en la ranura y la hizo girar. Segundos más tarde, abría la puerta.

A la izquierda de la entrada había un interruptor. Dio la luz y el «cuarto de Barba Azul», como habían llamado a la cámara misteriosa, se iluminó en el acto.

Hubo un momento de silencio, mientras diez asombrados pares de ojos contemplaban el interior de la estancia. Alguien refunfuñó entre dientes:

—Esto parece la trasera de un almacén de pompas fúnebres.

Había diez enormes cajas, situadas en dos hileras de a cinco cada una, a ambos lados de la entrada y hacia el fondo. Cada caja medía casi un metro de altura, por otro tanto de anchura y algo más de dos metros de longitud. El costado de cada caja que daba al centro era de vidrio transparente, lo cual permitía ver en el interior de la misma una pequeña colchoneta con un cojín. Al fondo se divisaba un gran armario, sobre cuya superficie metálica se había estampado un rótulo: «20 Fórmulas Deyck-Ribera».

—¿Quién nos va a aplicar el anestésico? —preguntó uno.

—El médico, claro está —respondió Felsom.

—¿Y a él? —quiso saber el curioso.

—Yo mismo —declaró Nekolov—. La fórmula tarda una media hora en causar sus efectos.

—¿No habrá posibilidad de error? —sugirió D'Arly.

—En todo cuanto interviene la mano del hombre existe siempre una posibilidad de error —contestó el galeno en tono sentencioso—. No obstante, es de suponer que, en nuestro caso, tal posibilidad habrá sido reducida al mínimo.

Felsom torció el gesto.

—Si de mí hubiera dependido, habría organizado la hibernación de un modo distinto —manifestó.

—¿Cómo? —preguntó Inés.

—Sencillamente, instruyendo antes a todos y cada uno de nosotros en la aplicación de la fórmula y luego, alternándonos en turnos de vigilancia, de modo que hubiera habido uno siempre despierto durante un décimo del viaje, a fin de vigilar y prevenir cualquier accidente que pudiera producirse de modo inesperado.

—Vamos, un centinela del espacio —dijo Inés.

—Pues, sí.

—¿Y no se puede hacer eso? —preguntó Beraza.

—Me imagino —contestó Nekolov despacio— que las dosis de la fórmula estarán calculadas para ocho años de hibernación.

—O sea —dijo Manston—, que no se puede subdividir.

—Una vez preparadas para un determinado tiempo, no. En el laboratorio se puede elaborar una dosis para el espacio de tiempo que se desee, pero aquí carecemos de medios y elementos suficientes para hacer lo que ha sugerido el segundo Felsom.

—Por otra parte —terció Mokhandra—, yo tampoco lo permitiría. Las órdenes que tengo —blandió el fajo de papeles que habla extraído del sobre— señalan de modo terminante que todos hemos de permanecer sujetos a la hibernación al mismo tiempo.

—Así que ocho años, ¿eh? —rezongó Yarine —. Oye, Nekolov, ¿si nos echamos ahora a dormir, despertaremos todos a la vez?

—Si por despertar a la vez entiendes que lo hagamos en el plazo de ocho a quince días, sí —respondió el médico—. Siempre habrá alguna ligera diferencia temporal en el momento de despertar, debido a la diferente constitución física de cada individuo sujeto a la fórmula.

—¡Ocho años durmiendo! —suspiró Manston.

—¡Y sin probar bocado! —añadió Beraza.

—La fórmula lleva en sí lo necesario para que el cuerpo humano pueda subsistir —explicó el médico—. Por otra parte, en hibernación, el organismo humano reduce sus funciones vitales al mínimo.

—Antes se le llamaba catalepsia —dijo Colter.

—No es lo mismo, aunque sí se le va a parecer bastante. Capitán —Nekolov se volvió hacia Mokhandra—, ¿cuándo empezaremos?

Antes de contestar, Mokhandra preguntó:

—Señor Beraza, ¿seguimos el rumbo correcto para llegar a Próxima?

—Sí, señor —afirmó el navegante.

—Gracias. Sin embargo, y mientras el doctor Nekolov da principio a sus preparativos, le sugiero la conveniencia de, una vez más, repasar y verificar instrumentos y cálculos. Revise asimismo el detector de meteoritos y déjelo de forma que, en caso de un meteorito demasiado grueso, el piloto automático desvíe el rumbo de la nave y la vuelva luego a la ruta marcada.

—Sí, señor.

Beraza se alejó. Entonces, Nekolov se dirigió hacia el armario donde estaba contenida la fórmula.

Felsom e Inés le siguieron. El médico abrió el armario y permaneció silencioso ante las veinte cajas que aparecieron ante sus ojos, cada una de las cuales contenía los elementos necesarios para sumir a una persona en un sueño que duraría ocho años. Diez para la ida y diez para el regreso.

—¿Qué pasará cuando nos despertemos?

—Supongo —contestó el médico—, que cada equipo contendrá lo necesario para hacer reaccionar a la persona hibernada, dado que no habrá nadie que esté despierto para llevar a cabo esa operación.

—Eso se refiere al primero de nosotros que se despierte —dijo el joven—. Pero convendría, a mi juicio, que ese primero en despertar conociese el funcionamiento del equipo, a fin de evitar trastornos a los demás, en especial a alguno cuyo sueño se prolongase con exceso.

—Es una buena idea —aprobó el galeno—. Veré al capitán y se lo diré. Creo que no tendrá inconveniente en que explique a toda la tripulación el mecanismo de reactivación después del sueño.

Nekolov tomó uno de los equipos y se enfrascó en su examen. Felsom e Inés no entendían apenas de los aparatitos que se divisaban en el interior de la caja, por lo que se separaron unos pasos. Los demás tripulantes, a la entrada del cuarto de hibernación, comentaban, muy excitados, la nueva peripecia en que se iban a ser sometidos.

—Inés, vamos a estar separados ocho años —dijo él.

—Es cierto. Pero pasarán en un soplo —contestó la joven.

—Estoy preocupado —manifestó Felsom.

—¿Por qué? No hay motivos; la fórmula es buena.

—Si, pero... Cuando uno está gravemente enfermo y ha de

someterse a una apurada intervención quirúrgica, piensa, por lo general, en el momento de ser anestesiado, que acaso no vuelva a despertar jamás. Éste es un caso, por otra parte, si no frecuente, tampoco extraño.

—Desde luego. Pero nuestra situación es muy distinta —alegó Inés.

—Por eso mismo —insistió él—. La persona de que le hablo a usted calcula esa posibilidad, pero piensa también que, si no se somete a la acción del cirujano, no vivirá. Busca el modo de vivir, corriendo el riesgo de no despertar.

—Y usted teme que a nosotros nos ocurra algo parecido.

—Exacto. No puedo evitar esa aprensión, lo siento. Nosotros no estamos enfermos, no corremos, por ahora, riesgo de muerte. El peligro de no despertar, por remoto que sea, existe.

—El peligro de permanecer ocho años encerrado en una cárcel de acero es mucho peor que el que le acecharía en un simple quirófano, Jack.

—Pienso en ello y es por dicha razón por lo que me someto a la hibernación —suspiró el joven—. No creo que ninguno de nosotros fuese capaz de soportar ocho años moviéndose en un espacio tan reducido como el del interior de la nave. En fin —sonrió—, todo cuanto digamos son tan sólo meras hipótesis. Es preciso dormir.

Ella sonrió también.

—Cuando despertemos, tendremos que aprender a caminar, Jack.

Los dos jóvenes se miraron. De pronto, el médico pasó por su lado, con uno de los equipos de hibernación en las manos.

—Vamos a la cámara central. Quiero explicarles a todos lo que hay que hacer para despertar a una persona en estado de hibernación.

Felsom e Inés siguieron al médico, dispuestos a dormir durante ocho años.

CAPÍTULO VI

F

elsom despertó.

Un leve rumor llegó hasta sus oídos; era un conjunto de ruiditos apenas perceptibles -murmullos, chasquidos, crujidos- que se producían en el fondo de la astronave, allá donde los motores hiperatómicos funcionaban sin descanso, propulsándola a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo.

Quiso abrir los ojos, pero no pudo. Los músculos que movían sus párpados estaban completamente agarrotados. Incluso su cerebro parecía hallarse embotado, incapaz de coordinar las ideas.

Algo chasqueó cerca de él. Le hubiese gustado volver la cabeza, pero no podía moverse en absoluto. Incluso se dio cuenta de que su pecho apenas subía y bajaba; prácticamente, podía decir que permanecía sin respirar.

Sintió un leve pinchazo en la epidermis, en la articulación del brazo. El pinchazo no fue muy intenso; apenas el roce de una punta de alfiler. Se dio cuenta, sin embargo, que el automático del equipo de reactivación había entrado en funciones y la aguja hipodérmica se introducía en su vena.

Un minuto después, notó que su corazón latía con ritmo algo más vivo. Percibió un aumento en la temperatura y pudo observar que su pecho subía y bajaba con mayor rapidez. La sensación volvió a su epidermis y ahora sí pudo notar cómo se retiraba la aguja de la vena.

Pasaron cinco minutos más. Felsom se sentía revivir.

Esbozó una sonrisa y abrió los ojos con verdadero placer.

Ocho años pasados en un soplo. De pronto le supo mal.

Hablan sido ocho años durmiendo… ocho años que le habían sido arrebatados a la cuenta de su vida… ahora tenía ocho años más y no los había disfrutado en absoluto.

«No es lo malo que hayas perdido ocho años ahora, sino que aún tienes ocho más que perder», se dijo, bastante disgustado.

El enfado, sin embargo, se le pasó pronto. «¿No viniste voluntario a esta expedición para correr cualquier riesgo?»

Trató de desechar aquellos pensamientos y se concentró en las instrucciones que le había dado Nekolov para cuando llegase aquel momento. A su derecha tenía un pequeño frasquito que contenía un líquido verdoso. Moviendo las manos con torpeza, consiguió coger el frasco, cuyo tapón quitó de inmediato.

Levantó un poco la cabeza. Poco a poco, el contenido del frasquito pasó a través de sus labios. Luego descansó, después de lo que le había parecido un esfuerzo sobrehumano. Incluso creyó sentir la frente cubierta de sudor.

Pasaron unos minutos. Felsom sintió que la sangre circulaba por sus venas con renovados bríos. Había llegado ya el momento de levantarse y salir de su encierro.

Se le contrajo el estómago varias veces seguidas.

«Tomar alimentos líquidos, en pequeñas dosis y espaciarlas durante veinticuatro horas, para habituar al sistema digestivo a trabajar de nuevo. Una comida fuerte podría resultar funesta», habían sido las advertencias de Nekolov; y su recomendación precisa fue que ingirieran una taza de caldo al levantarse.

«Bueno, vamos en busca del caldo», se dijo.

Presionó un resorte y la tapa del ataúd en el cual había hibernado durante ocho años, se levantó hacia arriba, dejándole paso por completo.

Haciendo un gran esfuerzo, salió al exterior. Ponerse en pie le costó mil sudores, debido a la rigidez de sus articulaciones. Cuando estaba tratando de situar sus vértebras en la línea anatómica, vio que la tapa de otra caja se separaba y que un hombre salía también afuera.

Sus ojos brillaron de alegría.

El ruso empezó a levantarse. Sus huesos crujieron audiblemente.

—¡Maldición! Parezco hecho con piezas de un «meccano» —dijo con voz pastosa.

—Lo siento —declaró Felsom—. Yo estoy igual que tú y sólo de pensar que debería echarte una mano, me causa pánico.

—No te preocupes —jadeó el ruso—. Ocho años durmiendo... ¡Madre mía, estoy que apenas puedo moverme!

Yarine tardó cinco minutos largos en ponerse en pie. Cuando al fin lo hubo conseguido, miró al joven y sonrió. Resultaba raro, porque la torpeza de sus músculos hacía que la iniciación de la sonrisa fuese extremadamente lenta, como si se produjese vista a través de una cámara lenta.

—¿Vamos a tomarnos la sopita que nos recomendó mi paisano? —sugirió Yarine.

—Vamos.

Caminaron con las piernas rígidas, como soldaditos de madera repentinamente vivificados. Los dos hombres se rieron de sí mismos y del ridículo aspecto que, suponían, habían de presentar a los ojos de cualquier extraño.

—¿Qué tal lo has pasado, Jack? —preguntó Yarine.

—Durmiendo —contestó el joven de muy buen humor.

Yarine dijo:

—Me echaría a reír, pero tardaría media hora en terminar la carcajada. ¿Sabes algo de los otros?

—No. Ni siquiera he mirado en las demás cajas. Ahora no podría hacer nada en su favor -ni tú tampoco, desde luego- por lo que opino que lo mejor para los dos es tomarnos la taza de caldo que nos recomendó tu paisano y procurar hacer desaparecer los efectos de la hibernación.

—Tardaremos al menos veinticuatro horas en estar bien del todo, Jack.

—Bueno, tiempo nos sobra —contestó el joven con filosofía—. Bien, ya estamos en la cocina.

Atravesaron el umbral de la puerta y entraron en la cocina. De pronto, Yarine descubrió sobre un fogón una pequeña cacerola, cuya tapa levantó de inmediato.

—¡Qué magnifico olor! —exclamó, satisfecho—. Voy a tomarme una taza ahora...

Se interrumpió de repente y miró a Felsom con los ojos muy abiertos.

—En efecto —murmuró el joven—. Eso mismo pienso yo. Alguien ha despertado antes que nosotros.

—¿Y por qué no ha dicho nada ni ha dejado ningún mensaje?

—No tenía ninguna obligación de hacerlo. Sus preocupaciones, como las nuestras, crecerán en caso de que alguno tarde demasiado en salir de su estado de hibernación.

—Tienes razón —manifestó el ruso—. Estará por ahí... descansando de tanto dormir —añadió de buen humor—. ¿Qué tal le sentará a nuestro estómago una tacita de caldo después de ocho años de criar telarañas?

—Probémoslo y lo sabremos —respondió el joven a su vez.

El caldo llegó a sus estómagos, infundiéndoles lo que les pareció una nueva vida. Yarine contempló la cacerola con aire melancólico.

—Me la tomaría entera ahora mismo —dijo.

—Y, en el mejor de los casos, tendrías que ir corriendo al cuarto de baño para devolver lo que tu estómago se negaba a admitir. No, déjalo así como está. Tu paisano Nekolov...

Felsom se interrumpió de súbito. Un agudo grito acababa de llegar a oídos de los dos hombres.

—¡Es la profesora! —exclamó Yarine.

—Corramos —dijo Felsom.

Pero era más fácil de decir que hacer. Sus miembros no habían recobrado aún la total elasticidad de movimientos y éstos resultaban torpes, envarados. Mientras tanto, Inés Ruprecht continuaba gritando.

Los chillidos de la joven se producían en la cabina de mando. Al cabo de un tiempo que les pareció interminable, llegaron a aquel lugar.

Abrieron la puerta. Inés les divisó en el acto.

—¡Jack, ayúdeme! —pidió—. ¡Quíteme de encima a esta bestia salvaje!

En un instante, los dos hombres se hicieron cargo de la situación. Mokhandra tenía fuertemente sujeta a la muchacha por los brazos, intentando besarla, sin que ella pudiese evitar gran cosa los avances del hindú. En una fracción de segundo, Felsom pensó que Inés debía haber despertado poco tiempo antes, dado lo envarado e impreciso de sus movimientos. Mokhandra, por contra, parecía mucho más ágil.

Inés aparecía despeinada y con parte de su vestido rasgado por la hombrera. Las intenciones del capitán eran fácilmente comprensibles.

Haciendo un penoso esfuerzo, Felsom dio dos pasos en la cabina.

—Capitán, su comportamiento es indigno del cargo que ostenta. ¡Suelte a esa mujer!

Mokhandra dejó escapar una fuerte interjección. Sus manos soltaron los brazos de Inés, quien, en el acto, se retiró a un lado, sofocada y alterada.

—Intentó abusar de mí, el miserable —acusó la joven.

Felsom extendió un poco la mano izquierda.

—Capitán, cuando estemos todos despiertos y reunidos, se hará pública su indigna forma de proceder. En lo que a mí respecta y sin

que ello entrañe ambiciones de poder, propondré que se le destituya del mando.

Los ojos del hindú destellaron de cólera:

—¡Eso es un motín! —tronó.

—No hay ningún motín —terció Yarine, también muy indignado —. Sólo que ninguno de nosotros querremos continuar sirviendo a sus órdenes. Lo que acabamos de ver demuestra con claridad que usted no tiene ninguna capacidad de mando. Quien no es lo suficientemente fuerte para dominarse a sí mismo, no está capacitado para dominar a los demás.

Mokhandra calló un instante. Luego, tras dirigir a Inés una aviesa mirada, respiró con fuerza y, a continuación, salió de la cabina en medio de un completo silencio.

—Me alegro de haber llegado a tiempo, Inés —dijo el joven, sonriendo—. ¿Qué tal ha dormido durante ocho años?

La chica procuró sonreír.

—Muy bien —dijo—. No sentí nada, hasta el momento de despertar.

—¿Hace mucho? —quiso saber Yarine.

—Un par de horas, aproximadamente.

—¿Y Mokhandra? —preguntó Felsom.

—Está muy ágil. Debe de llevar ya dos o tres días despierto. No le vi hasta que entré en la cabina de mando. Entonces, él pareció convertirse de repente en un lobo hambriento. Se arrojó sobre mí y...

—No siga —cortó Felsom—. Ya hemos visto bastante. Cuando todos hayan despertado, celebraremos una reunión y, a la vista de las circunstancias, propondremos la destitución de Mokhandra. Ya lo demostró de sobra antes de someternos a la hibernación; es inestable y no resulta el comandante que todos hubiéramos deseado. Pero es que, además, lo que ha hecho entra de lleno en un delito claramente definido en cualquier código penal del mundo, aunque no haya llegado a consumarlo.

—Por favor —dijo Inés—. Dejemos este tema...

—No —cortó Yarine—. Jack tiene razón. Ya no se trata de lo que haya podido hacer, sino de su futuro comportamiento, que no nos ofrece ninguna garantía, sobre todo, teniendo en cuenta que durante dos años vamos a dedicarnos a la exploración de los

posibles planetas que orbitan en torno a Próxima. Podríamos callar, si estuviésemos a punto de aterrizar en nuestro planeta, pero, para que se produzca esa coyuntura, es preciso que transcurran aún diez años. Mokhandra no puede continuar ostentando el mando, bajo ningún concepto.

—¿Está usted seguro, «tovarich» Yarine? —dijo de pronto una voz de indudables tonos sarcásticos.

Los tres se volvieron a un tiempo. Inés dejó escapar un gemido.

Mokhandra estaba en la puerta de la cabina y empuñaba con mano firme un rifle de pavoroso aspecto. Una torva sonrisa distendía sus labios violáceos, pero esa misma sonrisa encerraba una terrible amenaza, que no se podía desconocer en modo alguno.

CAPÍTULO VII

La expedición debía estar preparada para todo posible peligro en los planetas desconocidos que se proponían explorar. Era lógico, pues, que llevasen armas de fuego con el fin de defenderse de los supuestos ataques de desconocidos animales que pudiesen encontrar en el curso de sus exploraciones. Mokhandra, como capitán, tenía la llave del armero y había aprovechado la ocasión.

—Baje ese rifle, capitán —dijo Felsom en tono seco—. Está usted desorbitando un problema, creado tan sólo por sus propias intemperancias.

—Voy a matarles —masculló Mokhandra, sin hacer caso de las palabras del joven—. A los dos. Por motín. Tengo derecho a ello. Soy el capitán, ¿no?

—¡Diablos! —masculló el ruso a media voz.

—¡Capitán! —gritó Inés.

—Cállese, profesora. —Sonriendo cínicamente, Mokhandra añadió—. Usted y yo hablaremos cuando estos dos cuervos, sus cadáveres, mejor dicho, hayan sido lanzados al espacio. Los cadáveres de dos amotinados, profesora.

—Diré a todo el mundo la verdad de lo que ocurrió —gritó Inés.

—¿Y quién le creerá?

—¿Y quién le creerá a usted, capitán? —dijo Felsom—. Puede alegar que se trata de un motín, pero, aunque así sea, ya no estamos en los tiempos de la navegación a vela. Le aseguro que no saldría tan bien parado como espera.

—Ustedes no lo verán, en todo caso —gruñó Mokhandra—. Mientras hay vida, hay esperanza de salir adelante. Pero una vez que se ha muerto...

Felsom maldijo el envaramiento de sus músculos. De haber poseído su agilidad normal, se habría arrojado contra el hindú, a riesgo de recibir un balazo. Pero en las condiciones en que se hallaba, Mokhandra podía disparar fácilmente contra él cinco o seis veces, antes de que hubiese podido dar tres pasos en el estado en que se encontraba.

Mokhandra adivinó los pensamientos del joven y rió de forma siniestra.

—¿No puede hacer nada, Felsom? Ni usted tampoco, Yarine. A mí me costó casi cuarenta y ocho horas recobrar el uso completo de mis miembros. No es un trance agradable, pero ya lo he pasado.

De súbito, Inés dio un paso en sentido lateral. Fue un gesto lento, pero que sorprendió al hindú. Colocándose ante Felsom, extendió sus brazos y dijo:

—Capitán, sólo puedo salvar a un hombre y no lo hago por preferencia, sino porque estaba más cerca de él. Si quiere tirar contra el segundo Felsom, habrá de pensar que mi cuerpo está delante. ¿Me acusará también de motín?

—¿Quién diablos está hablando ahora de motín? —rezongó una voz inesperada.

—¡Beraza! —exclamó Felsom con alegría.

—El mismo que viste y calza —contestó el uruguayo. Alargó la mano—: Su rifle, capitán.

Mokhandra lanzó un rugido de cólera y volvió el arma contra el navegante. Beraza pareció adivinar su gesto y se agachó en el acto.

Al mismo tiempo, disparó el puño derecho contra el estómago del hindú. Mokhandra dejó escapar un fuerte resoplido.

Beraza repitió el golpe, ahora a la mandíbula. El capitán se desplomó inerte.

—Bueno, hemos salvado la situación —dijo el navegante, inclinándose para recoger el rifle—. ¿Qué tal, muchachos?

Felsom no salía de su asombro.

—Beraza, tú puedes moverte fácilmente —dijo.

—Claro —contestó el aludido—. Como que llevo veinticuatro horas despierto.

—Pero yo no le he visto —alegó Inés.

—Estuve encerrado todo el tiempo en mi camarote. Trabajaba en los cálculos de las nuevas y futuras órbitas que hemos de seguir en los próximos meses… mejor dicho, formulando las preguntas que luego habrá de contestarme la computadora de órbitas. Parece una labor sencilla, pero me ha costado todo un día entero. —Sonrió—. Después de ocho años seguidos durmiendo, resulta que no tenía sueño y, gracias a ello, he podido terminar mis cálculos.

—Pues no sabes bien qué oportuna ha sido tu presencia, Beraza —dijo Yarine—. Ese cerdo se disponía a fusilarnos. Le sorprendimos tratando de abusar de la profesora.

—¡Y lo eligieron por hombre ponderado! —masculló el navegante, contemplando a la figura yaciente en el suelo, a sus pies —. Parece mentira; al cabo de tantos años, aún seguimos gobernándonos por tópicos viejísimos. ¿Es que el ser hindú confiere automáticamente la cualidad de persona seria y enemiga de la violencia?

—Los italianos tienen fama de pasarse el día cantando. Yo conocí a un napolitano —dijo Yarine—, que era el hombre más triste y melancólico que uno pudiera imaginarse.

—En cambio, este tipo —Beraza golpeó con el pie el inmóvil cuerpo de Mokhandra—, nos ha salido explosivo y temperamental como un hispano. Pero con bastante menos seso, desde luego.

—Bueno, dejemos esto —cortó Felsom—. Destituiremos a Mokhandra; no se hable más del asunto.

—Sobre todo, después de haber amenazado de muerte —agregó Yarine.

—El problema será a la vuelta para explicarlo ante la comisión de investigación que seguramente se nombrará —dijo Inés, apesadumbrada.

—Bien, todavía faltan más de diez años para que eso suceda. Mientras tanto…

Se interrumpió de súbito, mirándola con fijeza.

—¿Qué le pasa, Jack? —preguntó ella, muy alarmada.

—Usted, Inés.

—¿Yo? No entiendo —declaró ella, desconcertada.

—¿Se ha mirado a un espejo después de haber despertado?

—Sí, claro, pero...

Felsom se acarició la mandíbula.

—No quisiera pecar de galante, pero yo diría que no sólo no tiene ocho años más, al menos en el aspecto físico externo, sino que, incluso, parece más joven.

—¡Vaya! —resopló Beraza—. ¿Será cosa de la fórmula Deyck-Ribera?

—A ver si resulta que es un rejuvenecedor del organismo humano y en lugar de añadir años, los quita —dijo Yarine—. En efecto, si no parece más joven la profesora, al menos no se puede decir que en su cara se reflejen los ocho años que han pasado.

—Eso es algo que no deja de halagarme —sonrió Inés—. Tenía casi veintisiete años cuando zarpamos, lo cual significa que estoy ya rozando los treinta y cinco.

—Pues el aspecto que tiene es de veinticinco rozagantes años, floridos y hermosos a más no poder —dijo Beraza galantemente, haciéndola ruborizarse con gran intensidad.

—Lo mejor será que esperemos a que mi paisano se despierte —intervino Yarine—. Tal vez él sepa explicarnos a qué se debe que la apariencia de la profesora -y, por tanto, también la nuestra- no haya variado en absoluto y sea la misma que si nos hubiésemos acostado ayer.

—En cambio —observó Felsom—, no es preciso que tu paisano se despierte para saber cuál es el origen de estas sombras alargadas que se proyectan sobre el suelo de la cabina. ¡No hay ninguna duda...!

La circunstancia de estar recién salidos de la hibernación había sido factor decisivo en el ligero desconcierto que se había apoderado de todos los que ya se hallaban despiertos, impidiéndoles actuar con la coordinación normal, aparte de los desagradables sucesos que acababan de producirse. Por dicha razón, las luces de la cabina no estaban totalmente encendidas, lo cual producía una suave penumbra que, sin embargo, bastaba para ver lo suficiente.

Como consecuencia de ello, los rayos de un sol desconocido penetraban libremente en las amplias lucernas de la cabina,

arrojando largas y nítidas sombras sobre el suelo. En especial, la silueta de Inés se recortaba con toda claridad contra uno de los tragaluces.

—¡Hemos llegado a Próxima! —aulló Yarine en tono jubiloso, rompiendo de modo brusco el silencio que habían provocado las palabras de Jack Felsom.

Impulsivamente, Inés dio media vuelta y se dirigió hacia la ventana más cercana.

—¡Cuidado! —le advirtió Felsom—. La luz de Próxima podría cegarla.

—Pondré en funcionamiento el mando de polarización de los vidrios —dijo Beraza, cruzando el espacio de la cabina para dirigirse al panel de mandos.

Al pasar, Felsom alargó la mano y tomó el rifle que había empuñado Mokhandra. Sacó los cartuchos y se los guardó en el bolsillo, dejando luego el arma en un rincón.

—Yarine —dijo—, sería conveniente que le quitásemos la llave del armero.

—Desde luego —accedió el ruso, arrodillándose acto seguido junto al cuerpo aún inerte de Mokhandra.

La centelleante luz de Próxima se esfumó casi en el acto. No obstante, podían verse bien las estrellas, aunque sin su brillo habitual, debido a la oscuridad provocada por la polarización de los vidrios de las lucernas.

—Estamos a ciento treinta y seis millones de kilómetros de Próxima —informó el navegante.

—¿Hay planetas? —preguntó Inés con avidez.

Las manos de Beraza se movieron ágilmente por el teclado del cuadro de instrumentos.

Varias figuras circulares de distintos tamaños aparecieron en la pantalla.

—Sí, hay planetas —contestó el navegante con voz firme.

CAPÍTULO VIII

L

entamente, sostenida por sus chorros eyectores, la «Estrella del Norte» tomó tierra en el primer planeta que sus tripulantes conocían como no perteneciente al Sistema Solar.

Mientras el suelo se enfriaba en torno a la nave, se iniciaron los preparativos para el descenso. Recuperados por completo del largo período de hibernación, los astronautas se sentían muy impresionados ante la perspectiva de conocer el suelo de un mundo nuevo. Los instrumentos habían señalado que era perfectamente habitable y que sus condiciones superficiales eran análogas a las de la Tierra. En el exterior reinaba una moderada temperatura de 18 grados y, hasta donde alcanzaba la vista, se divisaba un suelo cubierto de plantas de género desconocido para ellos, pero en las que predominaba el color verde.

—Esto es lógico —dijo Felsom, mientras terminaba de equiparse —. En un planeta similar a la Tierra, la vida en su superficie debe parecerse notablemente, aunque es lógico suponer que haya algunas diferencias, más bien de forma que en lo fundamental. Algunas de las plantas que vemos son distintas de las que estamos acostumbrados a ver en nuestro viejo mundo.

—¿Habrá habitantes? —preguntó Beraza.

—Parece lógico suponer su existencia —contestó Inés—. La presencia de plantas del ciclo de carbono entraña inexorablemente la existencia de seres de sangre caliente y los vegetales que aquí vemos no tienen el aspecto de los que había en la Tierra en el periodo Carbonífero. Más bien tienen el aspecto de plantas de una era Terciaria.

—En la cual, como es sabido, hizo su aparición ese bípedo implume, orgulloso y salvaje que sigue llamándose hombre —intervino Yarine de buen humor—. Bien, ¿a quién le corresponde el honor de desembarcar el primero?

La sonrisa se borró de los delgados labios de Felsom.

—Acompáñame a ver al capitán, Semion.

Todos los rostros se pusieron graves en el acto. Inés levantó un poco la mano, como queriendo decir algo al joven, pero se mordió los labios y calló.

El único que habló fue Manston. Dijo:

—Procuren obrar con sensatez, muchachos.

Felsom movió la cabeza afirmativamente. Luego, seguido por su

compañero, salió de la cámara y se dirigió hacia la del capitán.

Al llegar allí, tocó en la puerta con los nudillos. Esperó unos segundos.

La imagen de Mokhandra se hizo visible momentos después. Su rostro aparecía más torvo que nunca.

—¿Qué es lo que desean ustedes, caballeros? —preguntó en tono seco.

—Hemos llegado a un planeta desconocido, capitán —informó el joven—. Parece habitable y la estancia en su superficie es viable. No hay ningún inconveniente, al menos en apariencia, para desembarcar y explorar. ¿Quiere acompañarnos?

—No —fue la respuesta del hindú, seca y estallante como un latigazo.

—Capitán —terció Yarine—, comprendemos cualquier flaqueza del ser humano. Por eso es de carne —añadió con intención—. Pero estamos dispuestos a olvidar todo, si usted, a su vez, olvida lo que pasó.

—¡Jamás! —contestó Mokhandra, con acento vibrante de ira—. ¡Jamás olvidaré que se amotinaron contra mí, ustedes, miserables canallas! Y les prometo que una vez hayamos llegado a la Tierra...

Yarine se encolerizó. Se hubiera arrojado contra el hindú, de no haberle retenido Felsom por un brazo.

—Calma, Semion —recomendó, conciliador—. Capitán — preguntó—, ¿es su última palabra?

La respuesta de Mokhandra fue un portazo que hizo retemblar los mamparos.

—Es su última palabra —murmuró Yarine, recobrando el buen humor.

Felsom suspiró apesadumbrado. Musitando un apenas audible «Vamos», emprendió el regreso hacia donde estaban los demás tripulantes.

—El capitán se niega a tratar con nosotros —declaró—. En vista de ello, si no tienen inconveniente y hasta tanto se resuelva esta incómoda situación, Yarine y yo ostentaremos el mando conjuntamente.

—Aceptaremos de buen grado cualquier sugerencia que se nos haga —añadió el ruso.

—En verdad, como ha dicho el segundo Felsom, es una

incómoda situación. Pero no provocada por nosotros —habló Manston—. Si un día regresamos a nuestro punto de partida, Mokhandra tendrá que explicar muchas cosas.

—Eso no nos eximirá de la acusación de motín —comentó Felsom en tono lúgubre.

—El otro día dijiste que aún faltaban diez años para volver a la Tierra —intervino Inés, tratando de animarle.

—Y, si cuando lleguemos, han pasado tres o cuatrocientos años, ¿quién estará en condiciones de juzgarles? —dijo el biólogo D'Arly.

—Lo mejor que podemos hacer es desembarcar cuanto antes —exclamó el navegante, lleno de impaciencia. Extendió la mano derecha—. Podríamos dejar el paso a los dos comandantes, pero hay una regla que se debe observar en todo tiempo y lugar. ¡Las damas primero, profesora Ruprecht!

Las palabras de Beraza aliviaron notablemente la tensión creada. Momentos después, ponían el pie en el suelo del planeta.

La atmósfera resultaba agradable de respirar. El suelo aparecía cubierto de un césped semejante al terrestre, aunque mucho más fino, con tallos de unos quince a veinte centímetros de longitud por término medio. Había arbustos de raras hojas, en algunos de los cuales brillaban flores de vivas tonalidades. Un poco más allá, divisaron un grupo de árboles, de cuyas ramas pendían unos frutos de un vivo color dorado.

—¡Naranjas! —gritó Colter, echando a correr hacia allí.

—¡Cuidado! —advirtió D'Arly—. No coman nada antes de que tengamos la seguridad de que no nos causará daño.

—Hombre —dijo Beraza—, yo creo que por el aspecto...

De repente, un sordo rugido interrumpió las palabras del navegante. Era un trueno que parecía brotar de las entrañas de alguna cosa gigantesca y crecía de volumen con gran rapidez.

Felsom se volvió hacia la astronave, por cuyas toberas propulsoras salían unas débiles columnas de humo.

Inmediatamente comprendió lo que sucedía. Los cabellos se le erizaron de pavor.

—¡Mokhandra quiere despegar! —gritó—. ¡Corramos!

Agarró a Inés por la mano y tiró de ella. Los astronautas iniciaron en el acto una veloz desbandada, para escapar de la deflagración de los gases que ya se empezaba a producir en el

interior de la nave.

El rugido de los chorros aumentó hasta alcanzar proporciones martirizantes, apocalípticas, inenarrables. Tropezando en algunos sitios, cayendo en otros y levantándose en el acto, escaparon a la carrera, a fin de no ser abrasados por los chorros de llamas que salían por la parte inferior de los tubos de la colosal nave.

El alarido de los propulsores se hizo intolerable. Todos sentían el vivísimo deseo de taparse los oídos, pero su carrera se hubiera visto dificultada. Corrieron como locos, se separaron en pocos minutos un millar de metros de la «Estrella del Norte».

La nave inició su ascenso, lentamente al principio, con más rapidez después, hasta alcanzar una elevadísima cota en cuestión de segundos. Una viva llama brilló en el cielo azul del planeta, a pesar de la resplandeciente luz de Próxima, hasta que un minuto más tarde, nave y sonido desaparecieron como si jamás hubieran existido.

Después de que la «Estrella Polar» se hubo perdido de vista, un consternado silencio cayó sobre los expedicionarios. El choque causado por la fuga del traidor Mokhandra había sido tal, que ninguno de ellos se atrevía a emitir una sola palabra.

Felsom fue el primero que se rehizo en parte.

—¿Estamos todos? ¿Algún herido o lesionado? —preguntó en voz alta.

—Estamos todos y bien —dijo Hjalmar con rabia—. Todos, menos ese hijo de perra, a quien sólo deseo... Perdón, profesora —se dirigió a Inés, excusándose—. Se me escapó sin querer.

—Olvide las formas ahora, colega —contestó ella—. Jack, ¿qué haremos ahora?

—Fuimos unos tontos al dejar a Mokhandra solo —murmuró el joven furioso por lo sucedido, cerrando los puños.

—Quizás haya sido mejor así —dijo Yarine—. Si se hubiese quedado uno de nosotros en la nave, ese bandido habría sido capaz de asesinarle para huir. De momento, y no es poco, estamos todos juntos y vivos.

—Sí, pero a cuatro años luz de la Tierra —comentó Nekolov, muy desanimado.

—Unos robinsones de la Galaxia —añadió Colter.

—¿Podremos sobrevivir? —preguntó D'Arly en tono sombrío.

—De eso no me cabe la menor duda —respondió Felsom—. La historia de nuestro planeta está llena de situaciones similares. En el pasado, muchos buques naufragaron y sus tripulaciones fueron a parar a islas desiertas en las que, pese a su relativa ignorancia, pudieron sobrevivir. Nosotros no somos marineros ignorantes; todos poseemos una serie de conocimientos realmente fantásticos, capaces de hacernos sobrevivir en las circunstancias más adversas. Hay plantas, tiene que haber frutos comestibles; deben existir animales, más o menos fieros, pero con cuya carne podremos alimentarnos; encontraremos agua, nos proporcionaremos fuego… Todo depende de no dejarnos abatir.

—Y para ello —exclamó Colter—, lo mejor será probar esas naranjas de aspecto tan apetitoso que se divisan ahí cerca.

—Antes de comer nada, será preciso examinar todo alimento, animal o vegetal, con gran cuidado —aconsejó el médico—. Me traje de la nave un pequeño botiquín, pero sólo se puede utilizar en casos de poca gravedad y, más que nada, para pequeñas lesiones. Vayamos con mucho cuidado; es preciso no olvidar que estamos en un mundo completamente desconocido para nosotros.

—Sugiero la conveniencia de buscar agua, en primer lugar —habló Yarine—. Todos los campamentos de exploradores han sido establecidos siempre en lugares provistos de agua. Una vez que lo hayamos conseguido, será cosa de discutir en serio nuestro futuro.

—¿Y si hubiese habitantes en este planeta? —preguntó D'Arly.

—Procuraríamos entablar relaciones amistosas con ellos —decidió Felsom—. En realidad, ése es uno de los motivos de nuestro viaje.

—Pero, mientras tanto, ¿por qué no probamos las naranjas? —exclamó Colter, obsesionado por los frutos que se divisaban a medio centenar de metros.

—Bueno, vamos a los árboles —accedió el joven—. Pero antes de comer nada, tendremos que cerciorarnos de que no son frutos venenosos.

—Si tuviéramos un gatito a mano para que los probase antes que nosotros… —suspiró el navegante, arrancando algunas sonrisas de sus compañeros.

Los árboles frutales tenían varios metros de altura; su tamaño era mucho mayor que el de los naranjos terrestres. Para subir arriba

era preciso trepar por tres metros de tronco recto y luego alcanzar las primeras ramas.

Colter dejó su rifle en manos de Manston. Ayudado por dos de sus compañeros, puestos los pies sobre sus hombros, alcanzó la primera rama, izándose luego a pulso hasta hallar una postura favorable.

El ingeniero alargó la mano para coger el primer fruto. De repente se quedó inmóvil, petrificado, como si se hubiese convertido en una estatua, merced a un extraño encantamiento.

Su actitud fue observada por el resto de los astronautas. Felsom se alarmó.

—¡Eh, Colter! ¿Qué le ocurre?

El ingeniero miró hacia abajo.

—Estoy viendo una gran ciudad desde aquí —informó.

CAPÍTULO IX

E

staban en fila, silenciosos, boquiabiertos, contemplando fascinados el fabuloso espectáculo que se ofrecía ante ellos.

Situados al borde de una gran falla del terreno, de trazo inclinado, permanecían absortos, sin acabar de dar crédito a las imágenes que captaban sus retinas. Un enorme valle, cuyas dimensiones no podían calcularse a simple vista, se extendía bajo ellos, a mil metros de distancia en la diferencia de niveles con respecto al que ocupaban. En el centro del valle se divisaba la ciudad, enorme, gigantesca, ocupando un área vastísima, de muchas decenas de kilómetros cuadrados de extensión. Mentalmente, Felsom calculó que la ciudad, de una forma un tanto rectangular, debía de medir unos quince kilómetros de largo por diez de ancho, lo cual daba una superficie de ciento cincuenta kilómetros cuadrados.

Los edificios, en general, no resultaban altos, comparados con los rascacielos terrestres, aunque había algunos que descollaban muchísimo sobre la inmensa masa de construcciones de todas formas y tamaños. Un ancho río, canalizado al parecer, cruzaba

serpenteando por el centro de la ciudad, perdiéndose luego en ambos sentidos, como una cinta de plata de trazos irregulares y muy anchos. En algunos sitios, pensó Felsom, debía de medir medio kilómetro de orilla a orilla.

—Es maravilloso —dijo Inés, arrobada.

—Desde luego —concordó Yarine—. Pero, ¿cómo es que no hemos visto la ciudad desde el aire? No es una simple aldea, que hubiera podido pasarnos inadvertida, sino una ciudad comparable a las mayores de nuestro planeta.

—A mí —dijo Manston—, lo que me extraña es la ausencia total de caminos que partan y lleguen a la ciudad. No se ve una sola carretera, ni un ferrocarril... incluso, diría yo, ni una mala barquilla de recreo en el río.

—Todo está rodeado de campos, en efecto —dijo Felsom, pensativo.

—Debemos enfrentarnos con el hecho de que en este planeta, se llame como se llame —dijo Inés—, existe una civilización de signo totalmente distinto a la nuestra. No en lo básico, como alimentarse, dormir, trabajar, etc., sino en otros detalles complementarios, que ahora no alcanzamos a discernir y cuyo significado desconocemos por completo. Fíjense todos —añadió—, en un dato sumamente revelador: ¿dónde está la niebla industrial que, por lo general, envuelve a las ciudades terrestres? La atmósfera es clara, limpia, diáfana... Aunque en la Tierra hemos conseguido evitar muchos de los inconvenientes de las fábricas, toda aglomeración urbana, indefectiblemente, engendra una especie de neblina que no se disipa tan fácilmente.

—Y aquí no se ve nada de eso —dijo D'Arly—. Hasta el último edificio puede distinguirse con toda nitidez.

—Sería conveniente que nos acercásemos a la ciudad. Mokhandra nos ha dejado, es cierto —manifestó Felsom—, pero, por fortuna, estamos seguros de sobrevivir.

—Y ninguno tenemos parientes próximos en la Tierra, que puedan llorar nuestra ausencia —dijo Yarine—. Por eso nos eligieron, de modo que no resultará un problema difícil de resolver el acomodarnos a la manera de vivir de los habitantes de este planeta.

—Suponiendo que nos admitan —exclamó el médico.

—¿Y por qué no habrían de admitirnos? Venimos en son de paz... —dijo Beraza.

—¿Con rifles? —le interrumpió D'Arly.

—Es mejor que dejemos de discutir —cortó Felsom—. Cuanto antes lleguemos a la ciudad, más pronto empezaremos a resolver los problemas que nuestra llegada ha planteado. ¿Emprendemos la marcha?

El descenso al valle se hizo sin dificultad alguna. La distancia desde aquel punto a la ciudad era de unos siete kilómetros. La inclinación de la falla era de unos cuarenta y cinco grados como máximo, aunque en algunos puntos la pendiente era más suave. El suelo aparecía cubierto de vegetación, frondosa y agradable de contemplar. Por todas partes se divisaban árboles y arbustos de todos los tamaños y de formas jamás imaginadas por ninguno de los astronautas. No obstante, tenían la sensación de que alguna de aquellas plantas podía ser nociva.

—Por lo menos, embalsaman la atmósfera —dijo Inés, interpretando el sentir general.

El descenso duró casi dos horas, debido a que debían caminar en zigzag, dada la relativa dificultad del camino. Cuando llegaron a la planicie del fondo, se hallaban a unos tres kilómetros de la ciudad.

Sesenta minutos después, alcanzaban los primeros edificios.

* * *

Con los ojos muy abiertos, contemplaron mientras caminaban aquella increíble muestra de una civilización situada a casi cuarenta billones de kilómetros de la Tierra. Las gentes con quienes se cruzaban al paso parecían hallarse en un estado de salud floreciente; en general, eran personas como ellos, bien vestidas, aunque sin alardes de indumentaria. Muchas de las mujeres resultaban tipos femeninos realmente hermosos y atrayentes, y apuestos los varones. Los chiquillos también abundaban, pero ni los mayores ni los pequeños parecieron mostrar curiosidad hacia ellos.

Algunos detalles les extrañaron y sorprendieron sobremanera.

—No se ve ningún vehículo —dijo Inés.

—Ni un mal rótulo comercial ni nada que se le parezca —añadió Colter.

—Las casas y las calles, sin embargo, parecen tener una numeración —intervino Manston—, aunque, claro está, nosotros no

entendemos sus signos.

—Pero no se ve ni una sola tienda. Todo son casas, destinadas a vivienda —exclamó Hjalmar.

—¿De qué se alimentarán estas gentes? —preguntó D'Arly.

—¿En qué trabajan? —quiso saber Beraza.

—Son muchas preguntas para responder ahora —contestó Felsom—. Lo que sí vamos a tener que hacer es buscar a alguien que nos guíe. Aquí debe existir una autoridad suprema, un gobernador, alcalde o cosa por el estilo. Convendría que nos pusiéramos en contacto con él...

Mientras hablaba, estaban llegando al cruce de dos amplias calles, muy transitadas por personas de toda edad y condición. Al no haber vehículos, las aceras resultaban innecesarias y los viandantes caminaban tanto por el centro como por los lados de la calle. En el momento en que Felsom pronunciaba aquellas palabras, la mano de Inés se crispó en torno a su brazo.

—Creo que «ellos» se han puesto en contacto ya con nosotros, Jack —dijo con voz trémula.

Los nueve astronautas se detuvieron en la esquina, formando un grupo compacto. Su asombro estaba justificado.

A veinte metros de distancia, sobresaliendo de la pared de un edificio de cuatro pisos, se divisaba un gran cartel, de anticuada pero inconfundible tipografía terrestre.

¡BIENVENIDOS A NARIAM, TERRÍCOLAS!

—¡Cielos! —exclamó Beraza, cuando se hubo repuesto parcialmente de la emoción que le causaba la lectura del cartel—. ¡Si hablan nuestro idioma!

La gente continuaba pasando sin concederles apenas atención. Felsom, Inés y los demás continuaban inmóviles en el mismo sitio.

—Así que este planeta se llama Nariam —dijo Colter entre dientes.

—Quizá sea el nombre de la ciudad —sugirió D'Arly.

—En todo caso, parece como si ese edificio estuviese destinado para nosotros. Vamos allá —decidió Yarine.

Recorrieron rápidamente los pocos metros que les separaban de la entrada de la casa. Franquearon el umbral y se encontraron en un espacioso vestíbulo, del que arrancaba una silenciosa escalera automática, que conducía a los pisos superiores.

El edificio parecía desierto. En el vestíbulo no se divisaban muebles ni adornos, a excepción de una gruesa columna de un material que parecía mármol, de color rojo vinoso, de medio metro de grueso por uno y medio de altura, rematada por una cúpula semiesférica, transparente, de la cual brotaba una débil claridad verdosa.

En silencio, Felsom se acercó a la columna. Bajo la misma pudo ver una especie de documento impreso, en el que se leían unas frases con todo el aspecto de instrucciones.

> *BIENVENIDOS A NARIAM, TERCERA CIUDAD DE NARIAVIS*
>
> *Ésta es la casa que ha sido destinada a nuestros distinguidos huéspedes terrícolas. Por favor, sírvanse ocupar sus habitaciones y esperen en ellas las recomendaciones que más adelante les serán formuladas.*

Felsom levantó los ojos hacia el rostro de Inés.

—Esto es algo incomprensible —dijo.

—Pero debemos hacer lo que nos dicen —contestó la joven.

—¿No se tratará de alguna encerrona? —apuntó Colter, suspicaz.

—Unos tipos que conocen nuestro idioma —refutó Yarine—, son muy civilizados. Si hubieran querido matarnos, ya lo habrían hecho. Por lo que a mí respecta, voto por seguir esas instrucciones.

—Es lo más sensato —convino Felsom—. Obedezcamos las órdenes del cartel.

Y se dirigió rectamente hacia la escalera automática, la cual le transportó en el acto hasta el primer piso.

Había tres puertas por rellano, cada una de las cuales debía de dar, supuso, a una habitación. Empujó la primera y permaneció inmóvil bajo el dintel.

—Sencillo, pero de gusto —dijo, después de haber contemplado la decoración de la estancia.

Era amplia, espaciosa, con muebles de una forma enteramente distinta a la que conocían, pero cuyo destino se adivinaba enseguida. Notó las excitadas conversaciones de sus compañeros, que ascendían hacia los pisos altos, pero no hizo caso por el momento.

—Yo me quedo aquí —dijo Inés, señalando la puerta contigua—. No creo que se trate de una trampa ni de una encerrona. Estas gentes, los nariamitas, me refiero, parecen ser francos y honrados. —Sonrió—. Supongo que una civilización como la suya habrá llegado al cuarto de baño. Voy a probarlo.

Y desapareció al otro lado de la puerta.

Yarine se metió en la habitación opuesta. Suspirando, Felsom cruzó el umbral y cerró a sus espaldas.

«¿Qué iba a suceder después?», se preguntó.

CAPÍTULO X

S

alió del baño, limpio, fresco y perfumado, con ropas nuevas, que le habían sido suministradas por un aparato situado en un lado de aquella habitación. Automáticamente, al penetrar en el baño, se había puesto la ducha en funcionamiento y una gran ranura se había abierto en la pared, por la que entendió debía tirar las ropas usadas. Todo ello se había realizado sin la menor intervención de sus manos, respondiendo los aparatos a un automatismo de elevadísimo grado y total perfección. En muchos lugares de la Tierra ya existían cosas parecidas, aunque sin haber alcanzado el extremo a que se había llegado en Nariam.

La cama era una gran pastilla cuadrangular de algo que parecía goma sumamente elástica, suspendida en el aire por unos hilos invisibles. No tenía sábanas, mantas ni otras prendas de abrigo, salvo un cojín como almohada. Felsom entendió que, debido a la excelente climatización, sólo se necesitaba un lecho para dormir, sin más aditamento ni estorbos.

Sobre la cama divisó un papel. Lo tomó, dándose cuenta de que era de una textura semimetálica, aunque tan fácil de arrugar y de manejar como el papel ordinario.

Había un mensaje escrito.

LE DESEAMOS UNA FELIZ ESTANCIA EN NARIAM.

En la pared opuesta verá una hilera de botones. Le

damos a continuación la clave para que pueda utilizarlos en todas las necesidades que pueda sentir durante su estancia en nuestro planeta. Queremos ser sus amigos y nos honraremos grandemente con su amistad, pues para nosotros es un motivo indudable de regocijo el que unos hombres del planeta habitado más próximo a Nariam, no perteneciente a nuestro sistema, hayan podido, al fin, vencer la terrible barrera de la distancia que nos separa.

Especialmente, le recomendamos no abandone la casa hasta recibir nuevas instrucciones.

La clave para utilizar el cuadro de mandos seguía a continuación. Felsom se dio cuenta de que estaban cubiertas todas sus necesidades: comida, bebida, ropa, distracciones... Cualquier cosa que pudiera precisar le sería facilitada con sólo apretar el botón correspondiente.

Había también una indicación. En el vestíbulo se hallaba el control de transporte. Según pudo entender, los nariamitas no usaban vehículos, porque todos sus transportes, salvo los espaciales, se realizaban bajo la superficie. En el vestíbulo se hallaba el ascensor que le ponía en comunicación con los subterráneos, pero, puesto que le habían ordenado -como a todos, suponía- que no abandonase la casa, prefirió permanecer en su habitación.

Apenas había leído el papel, entró Inés. Unos segundos más tarde, apareció Yarine.

—¿Qué te parece? —exclamó la joven, girando con gran desenvoltura, a fin de enseñar su nueva ropa—. ¿Te gusta?

—Estás preciosa, Inés —alabó él.

—Jack —dijo el ruso—, ¿qué hacemos?

—De momento, ya conoces las instrucciones: esperar y no abandonar la casa. ¿Has recibido un mensaje como éste? —Le enseñó la cuartilla de papel que había encontrado sobre su lecho al salir del baño.

—Sí —respondió Yarine—. Y lo que me tiene más preocupado es cómo han conseguido aprender nuestro idioma.

—Ellos nos lo explicarán —dijo Inés.

—¿Cuándo? —preguntó Yarine.

—Tengo la sensación —repuso Felsom—, de que nos tienen

aguardando aquí, mientras ellos deliberan... me refiero a las autoridades de esta ciudad, su concejo municipal, junta de gobierno o como quiera que se le llame. Nuestra llegada ha debido producirles ciertos trastornos, no dañinos, por supuesto, aunque sí lo suficiente para sacarles de su habitual régimen de vida. Por eso me imagino yo que deben estar elaborando un acuerdo... acaso un «modus vivendi» con y para nosotros, mientras permanezcamos en Nariavis.

—Es posible que tengas razón —concordó Yarine. Se acercó a la ventana—. Calles muy limpias, ausencia de tiendas y de todo género de letreros indicadores, salvo los de las casas, gentes muy tranquilas... En Nariavis se debe vivir bien, pero muy aburrido.

—Cada uno es feliz donde nace y con su forma de vivir —dijo Inés en tono sentencioso—. Acaso un nariamita no resistiría la trepidante civilización que a nosotros tanto nos gusta. Y si no hay tiendas ni rótulos anunciadores ni nada de lo que podría asemejarles a nosotros —añadió—, se debe a que tienen todos sus problemas resueltos.

—Aprietas un botón y, ¡zas!, la comida. Aprietas otro y ropa limpia... Así, ¿qué falta hacen los comercios? —exclamó Yarine. Miró a la joven con malicia—. Las mujeres de la Tierra se aburrirían aquí soberanamente al no poder ir de compras.

Inés se sonrojó un poco.

—Es un planeta ideal para una cura de nervios —dijo. Miró a Felsom—. Bien, Jack; ahora supongo que no nos queda otra cosa que cenar y dormir hasta mañana. Veo —señaló hacia la ventana—, que el periodo diurno de Nariam debe ser muy semejante al de la Tierra. Pronto se hará de noche.

—Veamos qué clase de alimentos nos dan en este planeta —dijo Felsom.

Se acercó al cuadro de botones y tocó el correspondiente a la comida, de acuerdo con las indicaciones de la clave.

Una mesa surgió del suelo en el acto, junto al muro. Se abrió un cuadrado de la pared y salió una bandeja con varios platos y un par de vasos.

Felsom sonrió:

—Temo que no os voy a poder invitar —dijo—. Al parecer, sólo se sirven raciones individuales, por lo menos, en esta casa.

—Pues tiene un aspecto magnífico —exclamó el ruso—. No sé lo que será, pero me voy a mi cuarto a cenar; la vista de esos platos me está haciendo la boca agua.

Dio un par de pasos, pero, de repente, se detuvo.

—Jack —dijo.

—¿Qué hay, Semion?

—Quería decirte... ¿Se te ha ocurrido pensar qué haremos en Nariam?

—Por el momento, no mucho, la verdad —respondió el joven—. Estamos a salvo, bien cuidados y atendidos en todos los sentidos... Creo que ahora no debemos preocuparnos por ese problema, al menos en tanto no hayamos hablado con las autoridades de Nariam y conocido sus propósitos con respecto a nosotros.

—Mokhandra nos hizo una canallada —dijo Yarine con los labios prietos—. ¿Qué dirá cuando llegue a la Tierra?

—Si no vas a volver, no debes preocuparte por lo que diga, Semion. Cuando llegue allí, habrán pasado ya tres o cuatro siglos. ¿Crees que encontrará a alguien que haga caso de sus declaraciones sobre el motín?

—Pero, además —intervino Inés—, supón que organiza una nueva expedición y vuelve aquí, para buscar a los amotinados. Primero, tendría que contar con las autoridades nariamitas, quienes nos entregarían a él o no, según lo estimasen... y segundo, que, cuando regrese, le habrá pasado lo mismo que le pasará en su viaje de vuelta a la Tierra.

—No entiendo —dijo Yarine—. ¿Qué le ocurrirá si vuelve con, digamos, una patrulla de policías?

—Sencillamente, que volverá dentro de tres o cuatrocientos años —declaró Inés sin pestañear.

Felsom contempló a la joven durante unos segundos. Luego, de repente, rompió a reír a carcajadas.

—¡Tienes razón! —exclamó—. ¡No me había dado cuenta de que le pasará lo mismo si vuelve! ¡Qué gracia...! —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. ¡El chasco que se llevará en Nariam dentro de cuatro siglos! ¡Le tomarán por loco y le encerrarán en un manicomio!

Riendo, Yarine abandonó la estancia. Entonces, Felsom extendió la mano izquierda y dijo:

—Aunque no hay más que cena para uno y sólo una silla, te invito a compartir mis pobres manjares, Inés.

—Acepto —contestó ella, sonriendo—. Luego iremos a mi cuarto y despacharemos mi ración.

—Es una buena idea —convino el joven.

* * *

Se reunieron en el vestíbulo a la mañana siguiente. Todos los tripulantes de la «Estrella del Norte» tenían en la mano un papel que había aparecido en sus respectivos dormitorios durante la noche.

El papel contenía las siguientes instrucciones:

> *Deberán usar el ramal de transporte A-2, presionando, en su cuadro de mandos, el botón FF-5. Déjense llevar; el vehículo les conducirá hasta la Sala de Deliberaciones de la Autoridad de Nariam.*

Al otro lado de la columna que había en el centro del vestíbulo, podía verse un pequeño tablero de mandos. La hoja con las instrucciones traía también las equivalencias de los signos nariamitas con respecto al alfabeto terrestre.

—Un momento —dijo Manston, cuando Felsom se disponía a presionar el botón correspondiente.

—¿Qué hay, profesor? —preguntó el joven.

—¿Se ha formado usted algún plan para responder a las preguntas que seguramente nos formularán los habitantes de este planeta... es decir, la Autoridad que indica la hoja de instrucciones?

—Por supuesto que no; aunque tampoco parece preciso —declaró Felsom—. Creo que, hasta ahora, no podemos tener queja del trato que se nos expensa. —Respiró con fuerza—. Dadas las circunstancias, sospecho que debemos ir pensando en convertimos en unos buenos nariamitas.

—Es lo que opino yo —habló Beraza—. De volver a la Tierra, ni hablar. Claro que tampoco nos importa mucho...

—¡Somos terrestres! —se revolvió Colter con furia.

—Con decir eso, no se soluciona nada —respondió el uruguayo —. Ahora estamos a mucha distancia de la Tierra... y dando gracias a Dios por haber caído en un país como éste. Yo, por lo menos.

—Y los demás también —afirmó Felsom—. Bueno, vamos al ramal A-2 y veamos qué sucede.

Presionó el botón correspondiente. Entonces, se hundió un gran cuadrado del suelo en el centro, para volver a emerger luego con nueve sillones cómodos y de audaz diseño. El primer sillón tenía en el brazo izquierdo otro pequeño cuadro de mandos.

—Ocupemos los asientos —decidió Yarine—. Jack, tú guiarás.

—Conforme.

Felsom se sentó en el primer sillón. Buscó el botón correspondiente y lo oprimió.

El suelo empezó a descender. Al mismo tiempo, una cúpula transparente, ovalada, surgió de los costados del cuadrado de pavimento que se hundía y les envolvió por entero.

CAPÍTULO XI

N

avegaban? ¿Volaban? ¿Se deslizaban sobre un vehículo de ruedas?

Imposible saberlo. Estaban envueltos en una oscuridad y un silencio totales.

Sabían, sin embargo, que se desplazaban, por la presión de sus espaldas sobre los respaldos de los sillones. Pero no sentían nada más.

Guardaban silencio, impresionados. Ninguno osaba hablar.

De pronto, notaron un ligero efecto de freno. «Ya llegamos», pensó Felsom.

El aparato -¿era un aparato?- ascendió.

Las tinieblas se disiparon poco a poco.

Cuando surgieron a la luz -un resplandor que brotaba de todas partes y de ninguna a la vez, suave, difuso, descansado para la vista- se encontraron en una habitación de buen tamaño, vacía de muebles, salvo un sillón en su centro, en el cual había un hombre, frente a ellos.

La curiosidad les embargó. Por primera vez, contemplaban a un ser de otro planeta.

—No tiene nada de raro —cuchicheó Beraza al oído de Yarine.

—¿Esperabas acaso que tuviese cuernos, tentáculos y doce ojos?

—murmuró el ruso en tono irónico.

El nariamita aparentaba unos cincuenta años. Tenía el pelo oscuro y las facciones agradables. Vestía con sencillez, como todos los habitantes de aquel planeta. No obstante, en el lado izquierdo de su blusa color azul suave se divisaba un círculo que parecía hecho de una piedra anaranjada que despedía delicados reflejos.

Estaba sentado frente a ellos. Sonrió al ver aparecer el vehículo, que ya había perdido su cúpula transparente.

—Señora, caballeros, bienvenidos a Nariam —les dijo con voz de lenta modulación—. Mi nombre es Lessin. Les ruego me excusen no haberles recibido antes, pero me resultó por completo imposible; tuve que pasarme la noche aprendiendo su idioma, del cual sólo conocía los signos gráficos.

Felsom se quedó pasmado. ¡Sólo una noche para aprender un idioma!

Lessin se dio cuenta de la sorpresa que sus palabras habían producido en el atónito auditorio.

—Para aprender las cosas —dijo—, utilizamos aquí el método de la hipnopedia, enseñanza durante el sueño, aunque, en mi caso, dada la premura de tiempo, me ha sido preciso hacerlo en forma concentrada. Espero que los resultados estén de acuerdo con los esfuerzos realizados.

—Se le entiende muy bien, en efecto, señor Lessin —contestó Felsom—. Y, en nombre de mis compañeros, permítame darle las gracias por las atenciones de todo género de que hemos sido objeto desde nuestra llegada a su planeta.

Lessin inclinó la cabeza ligeramente.

—Son ustedes los primeros seres de la Tierra que franquean la fabulosa distancia que existe entre su planeta y el nuestro. Les aguardábamos, aunque nunca imaginamos que su llegada iba a producirse bajo el signo de unos desagradables disturbios.

—¡Cómo! —exclamó Yarine, sorprendido—. ¿Nos aguardaban ustedes?

—Así es —confirmó Lessin en tono benigno—. Sabíamos que esa llegada debía producirse indefectiblemente. Más todavía, llegamos a predecir la fecha de su llegada con escasas horas de error.

—Pero, ¿cómo...? ¿Es que acaso ustedes viajaron alguna vez hasta la Tierra? —quiso saber Inés.

—Hace unos doscientos años —contestó Lessin— una avanzada exploratoria nuestra estuvo en su planeta, conviviendo con ustedes durante largos años. No tenemos ambiciones de conquista ni deseos de extender nuestros dominios. Los hombres que estuvieron en su planeta, llegaron en el momento en que en su civilización se iniciaba el uso de la electricidad como fuerza motriz, aunque ya hacía años que la conocían.

—Es decir, en la segunda mitad del siglo XIX —habló Felsom.

—Exacto. Permanecieron varios años entre ustedes y después regresaron a Nariavis. Ellos fueron los que trajeron muestras de su civilización y nos enseñaron vuestro lenguaje... a algunos de nosotros, indudablemente. Perdón —sonrió Lessin—, no a mí, por supuesto, sino a otros que me antecedieron en el cargo y que fueron quienes me transmitieron los conocimientos que poseo acerca de ustedes. A base de los datos que trajeron aquellos esforzados exploradores, establecimos la predicción del día de su llegada.

—Lo cual significa, en ustedes, un grado avanzadísimo de civilización —dijo Yarine—. Entonces, nosotros sólo volábamos mediante globos de gas, y aun así, eran muy pocos los que lo hacían. Los demás, por no decir todos, usábamos el ferrocarril por tierra y los barcos por mar.

—Pero ahora ya conocen y practican la Astronáutica. Y están en Nariam...

—¿Para siempre? —preguntó Colter ávidamente.

Lessin sonrió.

—¿Le gustaría regresar a su planeta?

—Desde luego, señor.

—Llámeme por mi nombre —dijo Lessin—. Es posible —añadió— que nos sea factible complacer sus deseos.

—De todas formas, en Nariam no se vive mal —habló Beraza.

Lessin inclinó la cabeza.

—Gracias por su buena opinión...

—Pero ¿aquí no trabajan? —preguntó D'Arly.

—Oh, por supuesto que sí.

—No hemos visto ninguna fábrica.

—Todo el trabajo y todos los transportes se realzan bajo tierra —explicó Lessin—. La superficie es para vivir. Habíamos llegado, hace ya cientos de años —siguió hablando—, a un punto del cual no

se podía pasar. Resultaba imposible vivir en la superficie. Nuestro maquinismo había contaminado la atmósfera de tal modo, que se calculaba que, en doscientos años como máximo, ya no podríamos subsistir sobre la superficie de Nariavis.

—Y entonces, excavaron —apuntó Felsom.

—Exacto —concordó Lessin—. Ésa es la palabra adecuada. Excavamos, dedicando todas las energías del planeta, excepto las mínimas para seguir viviendo, a esa labor. Disponíamos de máquinas poderosísimas y de una cantidad de –digamos- mano de obra cifrada en un par de miles de millones de brazos humanos. En medio siglo, quedó la labor concluida para la posteridad, es decir, yo y todos cuantos vivimos ahora. Medio siglo más tarde, las plantas habían purificado por completo la atmósfera. Ahora se puede vivir.

—Y hasta ocultarse de nosotros cuando aterrizábamos —dijo Felsom.

Lessin sonrió.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—No vimos Nariam hasta que, casi, casi, estuvimos encima de la ciudad. Una aglomeración urbana difícilmente nos hubiera podido pasar por alto en nuestro descenso.

—Es cierto —admitió Lessin—. Cubrimos la ciudad con una capa refractora y dejó de verse. Ciertas centrales de polarización proyectaron imágenes de campos sobre la cúpula, dirigiendo las figuras, y así quedó tapado el «hueco» que la cúpula dejaba sobre la superficie de la zona.

—¿Por qué no salieron a nuestro encuentro? —inquirió Colter.

—Hay que respetar las decisiones de todo ser inteligente, dejarle un mínimo de problemas, para que no se lo encuentre todo resuelto —sonrió Lessin—. Sin embargo, de haberse hallado en un apuro, les habríamos socorrido, con toda seguridad.

—Usted dice —habló Felsom— que es preciso dejar un mínimo de problemas al hombre. Supongo que lo hacen con el fin de no embotar su inteligencia, pero, entonces, ¿cómo me explica el hecho de que baste apretar un botón para tener cubiertas todas las necesidades sin, al parecer, tener precisión de emplear dinero?

—Los nariamitas trabajan en producir comida y ropas y edificios y muchas cosas de uso cotidiano —respondió Lessin—. Todo esto,

desde luego, se realiza a muchos centenares de metros bajo la superficie, y debajo de ésta, también, se encuentran nuestros centros de educación. La superficie es únicamente para vivir después del trabajo.

—Sin dinero —dijo Nekolov.

—Desde luego. Todo el mundo tiene lo que necesita y en abundancia. ¿Qué falta le hace, pues, el dinero?

—Visto así, ninguna —comentó Manston—. Y no crea que es una sociedad que me desagrade en extremo. Supongo —añadió con cierta intención— que las relaciones entre nariamitas de ambos sexos culminan en lo que nosotros los terrestres llamamos matrimonio.

—Desde luego. Y es un contrato válido que se establece entre los dos interesados.

—¿Con posibilidades de separación?

Lessin sonrió con indulgencia.

—Sin intervención de máquinas sondeadoras de la mente, que las tenemos, el nariamita, por regla general, elige bien a su compañera. Y viceversa. Los matrimonios son muy estables. Sin embargo, puede ocurrir que se produzcan desavenencias; entonces, los cónyuges son invitados a exponer sus diferencias y luego se les reacondiciona ligeramente. Un leve retoque mental, valga la frase, es suficiente para devolverles a la armonía conyugal. Pero el porcentaje de tales casos es inferior al uno por diez millones.

—¿Hay limitación de nacimientos? —preguntó Inés, muy interesada.

—Ninguna. Al contrario, parece ser -sin que se le haya dado estado oficial, por supuesto- que un matrimonio con menos de cuatro hijos está mal visto. Habiendo convertido toda la superficie de Nariam en un inmenso parque, no es necesario pensar en agobios de espacio.

—Creo que éste es un planeta encantador —dijo Felsom—. Supongo que si nos quedamos aquí, tendremos que adaptarnos… readaptarnos, mejor dicho, a su forma de vivir; estudiar de nuevo, buscar una colocación de acuerdo con las cualidades personales…

—¿Es que no piensan volver a la Tierra? —preguntó Lessin.

El rostro del joven se ensombreció.

—Según parece —replicó—, en Nariam se ha alcanzado un

elevado grado de moralidad -me imagino que debe ser el resultado de un larguísimo proceso de acondicionamiento del espíritu- con lo que nosotros conocemos en nuestro planeta con el nombre de delito, en cualesquiera de sus manifestaciones, aquí no existe o, en todo caso, en un grado mínimo.

Lessin hizo un gesto de aquiescencia.

—¿Y...?

—Uno de los nuestros, precisamente quien, por su cargo, debiera haber mostrado más ponderación y serenidad de ánimo, zarpó con la nave que nos trajo hasta aquí, poniéndonos, además, en grave riesgo de morir abrasados por los gases incandescentes de los chorros propulsores. Temo que el viaje y algunas de las incidencias del mismo —concluyó Felsom—, hayan afectado su mente.

—Ustedes le llaman locura.

—Ciertamente, aunque no sea total, sino transitoria; más bien un conjunto de sentimientos diversos, que han producido en su cerebro los trastornos que le han inducido a obrar de tal manera. Por lo tanto, mucho me temo que habremos de solicitar de ustedes la autorización necesaria para una permanencia definitiva en Nariavis.

Lessin sonrió de modo un tanto enigmático.

—Su caso se estudiará con todo cariño; pueden estar seguros de ello —respondió—. Creo que, de todas formas, no les será demasiado difícil habituarse a nuestra forma de vivir.

—Supongo —intervino Inés de pronto— que, si nos admiten a residir entre ustedes, se nos concederá la oportunidad de un trabajo de acuerdo con nuestras aptitudes y conocimientos.

—Por descontado. No suelen existir muchos ociosos en Nariam —contestó Lessin.

—Y —Beraza se inclinó hacia delante—, en tal caso, ¿podríamos casarnos con alguna encantadora nariamita?

—Si la interesada le acepta, ¿por qué no? —sonrió Lessin—. Ahí sí que nosotros ya no podemos intervenir, salvo en caso de discrepancias conyugales. Éste es un asunto que cada uno debe resolver con arreglo a su particular manera de ser.

—¡Estupendo! —exclamó el navegante—. He visto que las mujeres de Nariam son muy hermosas y...

Lessin alzó la mano de pronto. Un sordo zumbido acababa de

oírse en la estancia.

Lessin oprimió un botón situado en el brazo de su sillón. Al momento, sostenida por unos hilos invisibles, una pantalla televisora de pequeño tamaño, descendió del techo, quedando frente a él, a la altura de su rostro.

Lessin habló breve y rápidamente con un desconocido interlocutor a quien los terrestres no podían ver, ya que la cara iluminada de la pantalla estaba situada en el lado opuesto a ellos. Ninguna de sus palabras resultó inteligible, dado que hablaba en su propio idioma.

No obstante, la conversación fue muy breve. Apenas un minuto después, la pantalla desapareció en el techo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Felsom, sumamente intrigado.

Lessin sonrió.

—Va a ocurrir —anunció.

Segundos más tarde, se abrió en el suelo un cuadrado de algo más de un metro de lado. Aquel trozo de pavimento se hundió rápidamente en las entrañas de la tierra.

—Esperen un poco, por favor —rogó Lessin, en medio de la expectación de sus huéspedes.

La espera fue corta. Treinta segundos más tarde, el trozo de suelo ascendió, elevando a un individuo hasta la superficie del salón.

Un grito unánime se escapó de nueve gargantas.

—¡Capitán Mokhandra!

CAPÍTULO XII

El hindú apareció, mirando con ojos llameantes en todas direcciones. Su rostro estaba inflamado por la cólera; en su mano derecha portaba una pequeña carabina automática, que blandía con gestos llenos de furia.

—Al fin les encuentro a ustedes —bramó, mientras Felsom se ponía en pie de un salto.

—¡Capitán! —exclamó.

Mokhandra le apuntó con la carabina.

—¡Quédese quieto, maldito! —le ordenó—. Siéntese de nuevo o le mataré como a un perro.

—Está usted cometiendo una locura...

—¡Si no se calla en el acto, dispararé! —aulló el hindú con acento salvaje.

Inés agarró el brazo del joven.

—Contente, Jack —murmuró—. No empeores la situación.

—Esperemos a ver qué quiere ese cocodrilo del Ganges —susurró Yarine a su oído—. En cuanto tengamos ocasión, nos arrojaremos sobre él y le desarmaremos.

Felsom asintió, sin comprender muy bien cómo podía haber llegado Mokhandra hasta allí, después de haber zarpado con la «Estrella del Norte». Pero no tardó mucho en tener la explicación.

Mokhandra se dirigió a Lessin.

—Usted debe ser uno de los mandamases de este cochino planeta, ¿no es cierto? —exclamó.

—¿Mandamases? —repitió Lessin—. Perdón; algunas palabras del léxico terrestre se me resisten todavía.

—Ha querido decir jefe o algo por el estilo —aclaró Beraza con amabilidad.

—Gracias, amigo —contestó Lessin—. Sí, soy más o menos lo que usted supone —se dirigió al iracundo Mokhandra.

—Entonces, supongo que usted será uno de los que me han forzado a volver a este inmundo país, empleando unos procedimientos que me abstengo de calificar por no emplear palabras que mancharían mis labios.

—¡Mírele, ahora se siente remilgado! —exclamó Beraza, sarcástico.

—¡Cállese! —rugió el frenético hindú—. ¡Usted, jefe, general o lo que sea, respóndame!

Lessin no había perdido la serenidad.

—Digamos que sí, mi querido amigo.

—Yo no soy amigo suyo —barbotó Mokhandra—. Al contrario, nada me agradaría más que poder llenarle ese puerco vientre de plomo. Pero lo haré sin vacilar, a menos que siga usted estrictamente todas mis indicaciones.

—Muy bien —respondió Lessin con toda tranquilidad—. Hable

usted.

—Se vendrá conmigo —ordenó el hindú—. Me conducirá hasta mi nave y se sentará a mi lado. Su vida responde de la mía... y yo quiero marcharme de aquí, ¿está claro?

—Le he entendido muy bien. ¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo. ¡Vamos, ponga en marcha este trasto y cuidado con hacer el menor gesto sospechoso! Si cree que bromeo, pruebe a desobedecer la menor de mis órdenes.

Felsom no se pudo contener y se puso en pie.

—Capitán, está cometiendo una imprudencia...

Mokhandra giró velozmente, moviendo el brazo derecho al mismo tiempo. Pese a que el joven echó hacia atrás la cabeza, no pudo evitar un terrible golpe del cañón del arma en un lado de la car...

Sintió que todo daba vueltas en torno a él y cayó de rodillas. Muy vagamente, oyó la voz de Inés que le llamaba con trémolos de angustia.

Yarine se arrodilló a su lado, tratando de hacerle recobrar el conocimiento. Entre varios lo sentaron en su sillón, a fin de situarle en una postura más cómoda.

Abrió los ojos un minuto después, notando un fuerte dolor en la región afectada.

—Estoy bien —jadeó—. ¿Y Mokhandra?

—Obligó a Lessin a sacarlo de aquí —contestó Colter.

—¡Es preciso hacer algo para evitar que ese loco cometa una salvajada! —exclamó Beraza, muy excitado.

—No la cometerá —dijo una voz de mujer en aquellos instantes.

—¡Eh! —exclamaron algunos.

Surgiendo del suelo, en uno de los varios ascensores de que parecía disponer la estancia, una hermosa joven, de formas esbeltas y cabellos de vivo color dorado, acababa de aparecer ante ellos.

—Me llamo Lytta —sonrió—. Soy la ayudante principal del hombre a quien han conocido ustedes bajo el nombre de Lessin. Ésa es una de las razones por las cuales hablo también su idioma.

Beraza dio un paso hacia la bella nariamita.

—Es preciso hacer algo en favor de Lessin —exclamó.

Lytta movió su cabeza.

—Bien —contestó—, sus intenciones les honran, amigos. Pero,

díganme, en una población donde residen cerca de veinte millones de personas, ¿cómo creen que ese hombre, a quien todo debe resultarle desconocido lógicamente, ha podido encontrar esta estancia con tanta facilidad?

Felsom e Inés se miraron el uno al otro, llenos de desconcierto.

—Es verdad —exclamó el primero.

—¿Quién le guió hasta aquí, Lytta? —preguntó Inés.

Beraza se había situado al lado de la hermosa joven.

—Explíquenoslo, por favor —pidió, mirándola de tal manera, que Lytta no pudo por menos de ruborizarse.

—Digamos —contestó— que las que ustedes llamarían patrullas de policía del espacio le obligaron a aterrizar de nuevo.

—¿Y...? —dijo el uruguayo.

—Entonces, «descubrió» la ciudad y se vino hacia aquí. Se le facilitaron las instrucciones precisas y les encontró a ustedes.

—¡Pero no debieran haberle permitido desembarcar con armas! —objetó Inés.

Lytta sonrió.

—En Nariam, como en todas las ciudades de Nariavis, conviene que cada ser humano sepa tener conciencia de sus propios actos —replicó.

—Mokhandra ha perdido la razón, hasta cierto punto. Tiene la obsesión de que nos hemos sublevado y desea regresar a la Tierra a cualquier precio para hacer que nos castiguen —manifestó Felsom.

—¿Se sublevaron ustedes contra él? —Lytta arqueó las cejas, estupefacta.

—Su forma de obrar nos obligó a ello —rezongó Yarine—. Usted misma ha podido ver cómo actúa; era obvio que no podía continuar mandándonos.

—Nuestros modos de pensar son diferentes —reconoció Lytta en tono reflexivo—. Claro que no se les puede culpar por haber intentando buscar la justicia. De todas formas, les falta nuestra educación para haber podido adoptar la decisión exacta, sin que su jefe se hubiera ofendido por ello.

—Es posible que sea así —admitió Felsom—. Pero ahora lo importante no es lo que pasó, sino lo que va a pasar. Lessin se ha portado muy bien con nosotros y no queremos que le ocurra el menor daño.

Lytta sonrió.

—Esas palabras le honran —dijo—. De todas formas, no se preocupen por Lessin. ¿Les gustaría ver lo que va a suceder?

—Desde luego —contestó Yarine.

—Entonces, síganme, se lo ruego.

Lytta echó a andar, dirigiéndose hacia uno de los muros de la estancia. Al hallarse a un par de pasos de distancia del mismo, una parte de la pared se descorrió a un lado en silencio, dejando un hueco por el que pasaron a otra habitación de análogas dimensiones, aunque desprovista de muebles. Lo único que se veía, además de los muros, era el inevitable tablero de mandos de que parecían hallarse provistas todas las estancias de los edificios de Nariam.

Lytta se acercó al cuadro de mandos y presionó un botón. Una docena de sillones surgió al momento del suelo.

—Siéntense, por favor —rogó.

Los terrestres obedecieron, dominando el asombro que sentían. Lytta manejó otro control y al instante, un vasto espacio del muro frontero a los sillones se iluminó como una gran pantalla cinematográfica.

—¡Mírenlos! —exclamó Colter de pronto.

Lytta retrocedió unos pasos y ocupó un sillón. La habitación estaba sumida en una suave penumbra, que permitía ver con toda claridad las imágenes que aparecían en la gran pantalla.

Mokhandra y Lessin viajaban en un vehículo de dos asientos, análogo al que les había conducido hasta allí, desde su alojamiento. De pronto, el vehículo ascendió verticalmente hasta la superficie, surgiendo al exterior, en plena campiña, a menos de quinientos metros de la «Estrella del Norte».

—Al parecer —comentó Felsom—, el suelo de Nariavis está lleno de túneles y ascensores.

—Continuamente estamos trabajando en mejorar las comunicaciones de todo género —respondió Lytta—. Desde que se empezó a excavar el primer túnel, hará cosa de quinientos años, no se ha suspendido apenas la tarea. Nuestra intención es llegar a todos los rincones del planeta, pudiendo aparecer al exterior en cualquier sitio, con una diferencia de mil metros como máximo, distancia inapreciable y fácil de recorrer, como pueden darse

cuenta.

—Eso significa que, al menos, en las áreas urbanas, cada casa dispone de un ascensor para comunicar con los túneles de transporte —dijo Felsom.

—Cada piso ocupado por una familia —respondió la joven.

—¿Y no hay probabilidades de accidente por colisión de dos de esos vehículos? —preguntó Inés.

—Algunas veces, pero el porcentaje de accidentes está reducido en la actualidad a un uno por cada diecisiete millones y tres cuartos de vehículos en movimiento. Sería largo y costoso de explicar —agregó Lytta—, pero podemos decir que el funcionamiento básico de cada vehículo, cualquiera que sea el plano en que se mueva, estriba en la transformación y aprovechamiento de las diminutas emisiones eléctricas de cada persona, absolutamente distintas en lo individual. No obstante, en rarísimas ocasiones se producen accidentes, debido a extrañas semejanzas en lo que pudiéramos llamar longitud de onda de cada uno de nosotros. —Sonrió—. Nuestros científicos trabajan de continuo en este asunto y no está lejano el día en que quedarán suprimidos por completo esos accidentes.

Felsom y sus compañeros se quedaron maravillados al escuchar las palabras de la joven.

—Eso significa que para llegar hasta aquí, el vehículo que nos transportó, aprovechó la energía que se desprende de nuestros centros nerviosos.

—De los centros nerviosos del que manejaba el vehículo en ese momento —respondió Lytta—. Energía que, naturalmente, es transformada y amplificada por procedimientos que ni aun yo misma acabo de comprender del todo —concluyó.

—Lo cual implica —terció Yarine— una especie de radar o detector en cada vehículo, a fin de eliminar las posibilidades de colisión con otro que viaje en distinta dirección, aunque no sea la opuesta.

—Así es y, como digo, tal regla se aplica a cualquier medio de transporte, en todos los planos —afirmó Lytta.

—Excepto los pies —rió Beraza, arrancando una sonrisa a los labios de la hermosa nariamita.

Felsom se quedó pensativo durante unos momentos. «El subsuelo

de Nariavis debe de ser una red inextricable de túneles», se dijo, mientras contemplaba las imágenes que se iban sucediendo en la pantalla.

—¿Quién capta estas vistas? —preguntó Colter de pronto.

—Disponemos de infinidad de minúsculos satélites que orbitan a escasa altura sobre el suelo de Nariam, todos ellos provistos de objetivos televisores. Es una red inextricable, mediante la cual se puede observar instantáneamente cualquier punto de la superficie del planeta.

—¿No hay peligro de colisión con vuestras astronaves? —quiso saber Beraza, como navegante.

—Los satélites observadores están provistos también de detectores. Se apartan automáticamente cuando una nave va a pasar en sus inmediaciones, volviendo a órbita apenas se ha alejado dicha nave.

—En resumen, que aquí no falta nada… ¡Eh! ¿Qué hace ese hindú de todos los diablos? —exclamó Beraza, asombrado.

Lessin acababa de detenerse. Daba la sensación de que no quería seguir adelante.

Entonces, Mokhandra levantó la carabina y apuntó a la cara del nariamita.

—¡Le va a matar! —chilló Inés, angustiada.

—No —le contradijo Lytta sin inmutarse.

La imagen se agrandó muchísimo. Ahora era posible ver el rostro del hindú en un primer plano, que permitía observar todos los detalles. La perturbación mental de Mokhandra se reflejaba muy bien en sus facciones lívidas y descompuestas.

Lessin permanecía impávido a cuatro pasos del hindú. La mano de Mokhandra se crispó sobre el disparador.

CAPÍTULO XIII

P

ero no salió el tiro. Lessin desapareció en el suelo en un instante, sin dar tiempo a que los criminales propósitos del hindú pudieran llevarse a cabo.

Un segundo después, Mokhandra desaparecía también. Entonces, Lytta se puso en pie y se acercó al cuadro de mandos que había bajo la pantalla.

Manejó unos interruptores y las imágenes se esfumaron. Luego habló brevemente con un desconocido interlocutor, sin que los terrestres pudieran comprender el significado de sus frases. Al terminar se volvió hacia ellos.

—Su amigo será juzgado mañana —declaró.

Felsom se puso en pie.

—¿De qué piensan acusarle? —quiso saber.

—Usted mismo ha podido verlo en la pantalla —contestó Lytta sonriendo.

—Merecería que le colgasen —declaró Colter malhumorado—. Ese tipo va a ponernos en evidencia a los terrestres. Creerán que todos somos tan locos como él...

—Nosotros no generalizamos por las acciones de un solo individuo —le atajó Lytta—. Juzgaremos únicamente sus actos, no los de ustedes. Él es quien ha quebrantado no sólo las leyes de Nariavis, sino las de cualquier mundo con un mínimo de moral.

Manston levantó la mano derecha.

—¿Podremos asistir nosotros al juicio?

—Ya lo creo —respondió la joven—. Es más, se lo hubiéramos pedido, caso de no haberlo hecho ustedes de por sí. Nos interesa sobremanera que, cuando vuelvan a su planeta, conozcan la mayor parte de nuestras costumbres, y ésta de administrar justicia, es una de las que mejor deben aprender... y explicar a los terrestres en su día.

—En la Tierra, todo acusado, aun habiendo cometido los crímenes más espantosos, tiene una serie de derechos que no se pueden ignorar. Un juicio imparcial, una ecuánime aplicación de la ley y un defensor que cuida de sus intereses —manifestó Felsom.

—Deduzco de sus palabras —contestó Lytta— que querría usted ser ese defensor.

—Así es, a menos que haya otro que pueda hacerlo mejor que yo —confesó el joven.

—Los juicios por un delito similar al que ha cometido Mokhandra son rarísimos en Nariavis —declaró Lytta—. El porcentaje es de uno por cuarenta y tres millones y cuatro séptimos.

Pero la ley exige aquí que cada acusado se defienda a sí mismo. Tengo noticias —añadió— que también en la Tierra se utiliza a veces tal procedimiento.

—Reconozco que es cierto —admitió Felsom—. ¿Qué pena puede serle impuesta por su delito?

Lytta emitió una sonrisa sibilina.

—Depende del propio acusado —contestó.

* * *

El juicio se celebró a la mañana siguiente.

La sala era grande, mayor que todas las que habían contemplado hasta entonces, y constituía un rectángulo parcial, rematado por un vasto semicírculo, paralelo al cual había una larga mesa curva tras la cual se sentaban varios individuos de edades que oscilaban entre los treinta y los sesenta años -vistos bajo el prisma temporal terrestre. Lessin se hallaba en uno de los lados de la mesa, como una especie de asesor de los jueces.

Felsom y sus compañeros se hallaban sentados en una hilera de sillones colocados en un lado de la estancia. El joven tenía a Lytta a su lado, aunque Beraza, situado al costado opuesto de la joven, acaparaba toda la atención de ésta. Y a Lytta no parecían desagradarle demasiado las palabras del uruguayo.

Sonriendo, Inés se inclinó hacia Felsom y, en voz baja, le dijo:

—Tengo la sensación de que Lytta nos acompañará en nuestro viaje de vuelta, Jack.

El joven la miró con intención.

—¿Habrá aquí alguna oficina donde expendan licencias de matrimonio?

Inés se sonrojó vivamente. Fue a decir algo, pero en aquel momento, se abrió una puerta y Mokhandra, escoltado por dos individuos que parecían custodiarle, a pesar de ir sin armas, entró en la sala del tribunal.

Tres sillones surgieron al momento del suelo, en el centro de la pieza. Los guardias hicieron sentar a Mokhandra en el de en medio y luego lo hicieron ellos.

Entonces, Lessin se puso en pie.

—Mokhandra, de la Tierra, capitán de astronave, estás acusado de haber quebrantado las leyes de este planeta. Vas a ser juzgado con arreglo a las mismas y, de acuerdo con lo establecido, te

defenderás a ti mismo. Antes de proceder al juicio, te ruego, en nombre del tribunal, alegues los descargos que creas oportuno exponer en tu favor.

Felsom se devanó inútilmente los sesos, pensando en la respuesta que la joven nariamita le había dado cuando le preguntó por la pena que podía serie impuesta al hindú. Lytta se había negado a contestarle y ello había intrigado sobremanera a todos los componentes de la expedición. La pena a imponer dependía del propio acusado. ¿Qué significaban aquellas enigmáticas palabras?

«Pronto saldré de dudas», pensó.

Mokhandra se lamió los labios con la lengua. Después, contestó:

—Sólo pretendía regresar a mi planeta —contestó débilmente.

—¿No tiene nada más que alegar? —insistió Lessin.

Mokhandra sacudió la cabeza negativamente.

—Bien —dijo Lessin—. Durante el breve encierro que ha padecido, se le ha informado de la forma en que se desarrollará el juicio. El resto ya depende de usted.

Se volvió hacia el presidente y dijo algo en su idioma. El presidente apretó un botón.

Una máquina cuadrada surgió del suelo en el acto, delante de Mokhandra. La máquina tenía el tamaño de un piano pequeño, aunque sin teclado, sólo con dos pantallas en relieve inverso con forma de manos.

—Apoye las manos en los huecos —dijo Lessin, traduciendo una orden del presidente.

Mokhandra obedeció. Entonces, los dos guardias se retiraron y los sillones se hundieron en el suelo. El presidente dijo algo. Lessin tradujo:

—Usted cometió ciertos delitos a bordo de su nave.

—Eso no importa aquí. Estaba fuera de su jurisdicción —replicó Mokhandra.

—La jurisdicción de Nariavis alcanza hasta la mitad de la distancia que hay hasta su planeta y viceversa —le explicó Lessin con paciencia.

—Me niego a ser juzgado por aquellos delitos, si es que realmente lo fueron —gruñó Mokhandra.

—En cambio, no puede negar que abandonó a nueve de sus compañeros en la superficie de este planeta.

Mokhandra calló.

—Y luego —continuó Lessin—, cuando nosotros le hicimos volver y le indicamos dónde podría hallar a sus compañeros, usted me hizo seguirle por medio de amenazas. Cuando yo me negué a dar un paso más, usted quiso matarme.

El hindú desvió la vista. El presidente dijo algo en tono un tanto vivo.

—No separe las manos de los huecos —ordenó Lessin. Y siguió —: Es indudable que todo cuanto hemos dicho es cierto. No obstante, sus faltas pueden ser perdonadas y usted admitido plenamente en nuestra comunidad, sólo conque manifieste con toda claridad que está dispuesto a arrepentirse y a abandonar todo deseo de venganza o desquite contra cualquier persona hacia la que haya concebido sentimientos inamistosos en el pasado.

—Lo prometo —contestó Mokhandra con voz firme.

Sonó un terrible chasquido. Inés quiso lanzar un grito, pero la voz se negó a pasar por su garganta.

Mokhandra abrió la boca, también para gritar, pero permaneció silencioso por un motivo distinto.

Se inmovilizó de súbito, convirtiéndose en una estatua, en la misma posición en que se hallaba al pronunciar sus últimas palabras.

De pronto, todo su cuerpo adquirió una fosforescencia espectral. Parecía como si en el interior de su organismo se hubiese producido un extraño incendio, un fuego que ninguna fuerza humana era capaz de apagar.

El resplandor creció hasta hacerse casi intolerable a la vista. Al cabo de casi un minuto, disminuyó.

Al mismo tiempo que decrecía la luz, los contornos del cuerpo de Mokhandra se borraban. Treinta segundos después, había desaparecido por completo, desintegrado por alguna poderosa fuerza, cuyo origen no alcanzaba a comprender ninguno de los terrestres.

Lessin levantó la vista hacia los espectadores de tan terrible escena.

—En Nariavis —dijo con ligero énfasis—, toda pena se impone de acuerdo con el propio acusado. Vuestro Mokhandra no fue sincero. Por eso murió. La máquina detectó la mentira que

encerraban sus palabras al prometer un arrepentimiento que no sentía en absoluto.

Ninguno de los terrestres contestó. Los nueve se daban cuenta perfecta de que había sido el propio Mokhandra, con su doblez, el que se había castigado a sí mismo.

Lessin sonrió.

—Ustedes son sinceros —dijo—. A partir de ahora y mientras lo deseen, se encuentran en libertad de viajar a cualquier parte de nuestro mundo.

Beraza volvió los ojos hacia la hermosa Lytta.

—Resultará muy divertido —dijo con intención.

—Pregúntate si tiene alguna amiga de su calibre —susurró D'Arly en voz baja.

Felsom sonrió, mirando a Inés. Ésta sonrió también.

CAPÍTULO XIV

L

legó, por fin, el momento de la partida.

Habían permanecido cerca de dos años en Nariavis. Durante dicho tiempo, se habían dedicado a viajar intensamente, recorriendo no sólo el planeta, sino los tres o cuatro habitados más que componían el sistema de Próxima. Su caudal de conocimientos había aumentado muchísimo.

El último mes había sido dedicado casi íntegramente al repaso de la astronave. Todo había sido preparado y comprobado con minuciosidad hasta el menor de los instrumentos.

Felsom e Inés llegaron juntos al lugar desde donde despegarían. Inés llevaba en brazos una pequeña bolita de carne, que dormía.

Lytta también había tenido un niño. Beraza contemplaba embobado a la madre y al chiquillo a cada momento.

Su ejemplo había sido imitado por los demás astronautas. Las mujeres con las cuales se habían casado en Nariavis les acompañaban de vuelta a la Tierra.

—Ésta es una de las formas más eficaces de establecer relaciones —dijo Lessin, en el momento de la despedida—. Nuestras reglas

impiden que hagamos venir aquí a gentes de otro planeta; a menos que ellos lo deseen, nosotros no nos dejamos ver en lo que vosotros llamaríais correrías de exploración. Ahora ya es distinto.

Le entregó un pequeño paquetito plano, circular, cuidadosamente envuelto.

—¿Qué es? —preguntó Felsom, extrañado.

—Una película de los sucesos que tuvieron a Mokhandra como protagonista. Convendrá que la den a la publicidad en la Tierra, a fin de que, el que piense venir, lo haga con el corazón limpio y la mente dispuesta a actuar con rectitud. En caso contrario, él mismo se condenará. El juicio de que fuisteis testigos se aplica a todos sin excepción y la máquina que vosotros llamaríais detector de mentiras, no falla.

Felsom movió la cabeza afirmando.

—Entiendo —dijo—. Entregaré la grabación a nuestras autoridades… aunque supongo que la próxima expedición llegará dentro de centenares de años.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Lessin, sorprendido.

—El tiempo transcurre de distinta manera a bordo de una astronave que en la superficie de nuestro planeta —contestó el joven—. Cuando nosotros volvamos, habrán pasado ya dieciocho años de nuestra partida… en la «Estrella del Norte», en tanto que en la Tierra habrán transcurrido tres o cuatrocientos años. El fenómeno inverso se producirá cuando envíen una nueva expedición desde la Tierra.

Lessin sonrió de forma enigmática.

—Será cosa curiosa comprobarlo —contestó.

—¡Eh! ¿Qué es lo que quiere usted decir? —exclamó el joven, intrigado.

—Vaya a su nave —dijo Lessin—. Encontrará la respuesta dentro de ocho años.

—Pero…

Beraza se asomó a la escotilla, situada a cien metros de altura. Provisto de un poderoso megáfono, lanzó un grito clásico:

—¡Todos a bordo!

* * *

Contemplaron la Tierra desde unos cuarenta mil kilómetros de altura, orbitando en torno a ella, mientras perdían altura, en busca

de un lugar apto para el aterrizaje. Colter estaba al cuidado de la radio, mientras que Beraza vigilaba los instrumentos y los dos pilotos, Felsom y Yarine, dirigían el aterrizaje.

Súbitamente, Colter lanzó un agudo grito:

—¡He entablado contacto con el SIUE!

—Cuida de los mandos —dijo Felsom a Yarine. Se levantó y tomó el micrófono que le tendía el ingeniero—. Aquí, «Estrella del Norte», regresando de su viaje a Próxima.

Una voz clara irrumpió en la cabina.

—¿Quién es usted, Mokhandra?

—No. Mokhandra... Bien, ya hablaremos más adelante. Soy el segundo Felsom, en funciones de capitán conjunto. ¿Quién...?

—Habla Gaczy —dijo la voz—. ¿Qué tal, capitán Felsom?

—¡Gaczy! —exclamó el joven, sin poder contenerse—. Pero ¿cómo...?

«Pasarán centenares de años cuando ustedes vuelvan», había dicho alguien.

Y tal era la creencia general de todos los astronautas.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué Gaczy, y, presumiblemente, todos los hombres de su época, continuaban aún viviendo? ¿Acaso se había descubierto una droga milagrosa que prolongaba la vida hasta edades increíbles?

—Gaczy —dijo, conteniendo con dificultad la emoción que le embargaba—, ¿quiere decirme la fecha?

Gaczy se la dijo. Estupefacto, Felsom miró a sus compañeros, no menos asombrados que él.

Sólo habían transcurrido dieciocho años desde su partida, en la Tierra. En la nave, muchos menos, puesto que las diferencias fisonómicas que debieran haber hecho su aparición inevitablemente, apenas si se notaban. Su edad, la de todos, apenas había aumentado, físicamente, en dos o tres años.

De forma maquinal, recordó las últimas palabras de Lessin.

Y entonces, lo comprendió todo.

—Hemos viajado sobre la luz —musitó, cortando al momento la comunicación—. Fuimos más rápidos que el tiempo, por decirlo así, y llegamos a Próxima antes que lo que podía parecemos.

—Y luego —añadió Yarine, en medio de un profundísimo silencio—, hemos vuelto en la misma línea de luz y tiempo, pero a

la inversa. Como si recorriésemos el mismo camino en sentido opuesto.

—Exacto —convino el joven.

Beraza se volvió en su asiento.

—Hay una forma muy gráfica de explicar todo esto. Imagínense que estiramos una gomita, en uno de cuyos extremos viajamos nosotros. Al volverla a su posición natural, recorremos el mismo camino, sin dejar por ello de viajar en la goma.

—Así ha sido —afirmó Yarine—. Y cualquiera que salga de Próxima hacia la Tierra, le ocurrirá lo mismo, sólo que a la inversa.

—Con lo cual —concluyó Felsom—, el problema de los viajes a Próxima está resuelto de modo definitivo.

La voz de Gaczy irrumpió de nuevo en la cámara, sonando con trémolos de impaciencia.

—¡Felsom! ¡Felsom! Conteste, por favor.

—Nos disponemos a aterrizar —respondió el joven, conectando de nuevo—. Lo haremos en el punto de partida.

—Allí les esperamos, Felsom. Ah, ahora poseemos motores que impulsarán las naves a velocidades lindantes con la de la luz. Buena noticia, ¿eh?

—Magnífica —reconoció el joven.

—Tenemos que hablar largo y tendido. Ustedes, seguramente, tendrán que contarnos muchas cosas.

Felsom se echó a reír.

—Yo creo que es usted el que tiene que contar... Ya lo verá dentro de poco.

Gaczy tuvo que contar, aunque no cosas, sino niños. En los ocho años que habían durado el viaje, no se había practicado la hibernación. ¿Quién hubiera podido obligar a hacer tal cosa a nueve jóvenes matrimonios?

Gaczy desistió de contar niños, cuando pasó de los treinta y cinco. Se mareó, así de sencillo.

Al poner pie en el suelo del astropuerto, Felsom, rodeó el talle de Inés con su brazo. El último de los cinco vástagos nacidos durante el viaje, berreaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Está saludando al mundo de sus padres —sonrió ella.

Felsom sonrió también.

—Cuando zarpamos, pronuncié una frase inexacta. «¡Adiós,

Tierra!». Me equivoqué. Ahora, debemos decir: ¡Hola, Tierra!

FIN

[1] Iniciales de United Astronómica -medida de distancia, que equivale a la medida de la Tierra al Sol- 150.000.000 kilómetros. (N. del A.)